This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Julián de Palma

Merlin

[illegible]

MIS DOCE PRIMEROS AÑOS.

MIS

DOCE PRIMEROS AÑOS.

POR

LA CONDESA DE MERLIN

TRADUCIDOS DEL FRANCES

POR

A DE P.

FILADELFIA:

1838.

THE NEW YORK
PUBLIC LIBRARY
452199
ASTOR, LENOX AND
TILDEN FOUNDATIONS.
R 1908 L

A la Señora

DOÑA MARIANA ROMAY DE LA LUZ,

Su amigo,

A. DE P.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

La circunstancia plausible de ser hija de la Habana la autora de este precioso escrito, es un motivo muy poderoso para que todas sus paisanas se consagren á leerle.

„Mis doce primeros años" son un relato sencillo de los recuerdos de la niñez de la condesa de Merlin. Y aunque en esa época de la vida son de tan poca importancia los acaecimientos en que tenemos una parte activa, la autora les ha sabido comunicar tal grado de interés y encanto, que su lectura pro-

duce una impresion sumamente grata y lisongera á todos los que se enorgullecen con su paisanage.

La condesa de Merlin reside en Paris, hace muchos años, ostentando en aquella capital del mundo civilizado todos los tesoros de su entendimiento, todas las gracias de su persona y de su amable carácter. Rodeada de encantos, de monumentos grandiosos y de notabilidades de todos géneros, no ha olvidado á su querida patria, y volviendo una dulce mirada de júbilo al suelo venturoso que le diera el ser, le ha enriquecido con los recuerdos de su infancia ¿Que habanera no sentirá en su corazon un placer indefinible al leer á „Mis doce primeros años," escritos en Paris por una *criolla*, en un estilo

suelto, elegante y afectuoso? Todas las cubanas deben apresurarse á adquirir esta preciosa obrita, que al propio tiempo de agradarles, servirá de estímulo para que algunas otras imiten á la ilustre condesa de Merlin.

Muchos elogios podrian hacerse de esta obrita; pero consideramos que su lectura le grangeará todos los que merece; no necesita de los nuestros. Sin embargo no podemos ménos de decir, que su lenguage está lleno de sentimiento y de colorido. El alma se dilata y tributa el debido homenage de reconocimiento y admiracion á la mano bienhechora, que trazando unas líneas tan esquisitas, le hace gozar momentos deliciosos.

Lo único que nos apesadumbra es, el

que no háyamos podido llenar nuestro deber en la traduccion de „Mis doce primeros años;" pero el lector nos mirará indulgente atendiendo á que, nuestro deseo ha sido el de que todos los hijos de Cuba lean las producciones literarias de una habanera. Esto es lo que nos ha movido á publicar la traduccion, aunque convencidos de nuestros cortos alcances.

Lo mismo que acabamos de manifestar sobre „Mis doce primeros años" debe entenderse con respecto á la „Historia de Sor Inés:" episodio de aquellos, y que se ha impreso en tomo separado.

MIS DOCE PRIMEROS AÑOS.

No es una novela lo que va á leerse; es un simple relato de los recuerdos de mi niñez, debido á la casualidad. Paseándome sola en el campo una tarde de verano, entregada á una dulce melancolía, me sentí poco á poco transportada á lo pasado; buscaba allí en el curso de mi vida, los momentos en que habia creido vislumbrar la imágen de la felicidad, y mi pais, mi infancia viniéron naturalmente á presentarse á mi pensamiento. Era esto como un dulce sueño; quise prolongarle. Al volver á

casa tomé la pluma, y tracé este ligero bosquejo de las primeras impresiones de mi vida.

Dedicándole á mis amigos creo hacerles casi una confianza; no les pido en cambio mas que un poco de Simpatía. Muy léjos de mí la pretension de ser autora.

Pienso por que siento, y escribo lo que pienso. He aquí todo mi arte.

I.

Muchas veces has deseado, querida Leonor, que te haga una relacion de mis primeros años. Su historia es sencilla, si la vida está en los acontecimientos; pero no carecerá de interés para aquellos séres, cuya ecsistencia se encuentra dentro de si mismos, mas que en lo esterior; en quienes la reflecsion se ha convertido en hábito, y que poseyendo el gérmen de una gran fuerza moral, se anticipan con frecuencia á la esperiencia propria, y comprenden, por instinto, las pasiones y los sentimientos de otros. He nacido en la Habana;

mi padre descendiente de una de las primeras familias de la ciudad, se halló al salir de la infancia dueño de un caudal inmenso. Se enamoró y casó á los quince años de edad con mi madre, que entraba apénas en los doce, hermosa como el dia, y reuniendo todos los encantos naturales con que el cielo en su munificencia, puede dotar á una mortal. Su primera hija los colmó de alegría, y podria decir de sorpresa, especialmente á mi madre, que acababa de dejar las muñecas; así es que ningun pesar turbó su rostro, cuando se les anunció mi secso; algo mas tarde, las preocupaciones del mundo los hubieran hecho desear un hijo, y la esperiencia de la vida los habria inquietado sobre la suerte de su hija. Pocos dias despues

de mi nacimiento recibió mi padre una carta de un tio suyo establecido en Italia habia largo tiempo, y que era el único pariente que le quedase por parte de padre. Le rogaba en ella con mucha instancia que fuese á verle lo mas pronto, pues la estenuacion de sus fuerzas le hacia presentir un fin cercano. Se resolvió la partida; mas ¿como se haria emprender un viage tan largo, por mar, á una niña de tan tierna edad? Despues de mucha perplegidad, lágrimas y sentimiento, se decidió, que yo quedaria confiada al cuidado de mi bisabuela materna; y que la ausencia de mis padres no pasaria de seis meses; pero la suerte habia dispuesto otra cosa. Ellos partiéron, y la felicidad compañera de la infancia, me impidió cal-

cular el tamaño de mi pérdida. Este primer suceso de mi vida tuvo una influencia grandísima en mi educacion y en mi destino.

II.

Fuí entregada en los brazos de mi bisabuela. Oh! como palpita mi corazon con solo nombrar aquel ángel de bondad! Jamas se ha presentado la vejez bajo un aspecto tan halagüeno, tan dulce; era como lo ideal de su edad. A una igualdad inalterable de carácter, reunia la indulgencia, y buen humor: despues de haber colocado á once hijos y de haberles consolidado su caudal, se hallaba en posesion del amor y del respeto de todos los que la rodeaban. Me acuerdo de haber asistido en su casa á varias reuniones de familia

en las que se contaban en línea recta, noventa y cinco personas: yo era el último anillo de la cadena.

El cariño que profesaba á *Mamita*, era superior á mi edad: en él encontraba el gérmen de todos los afectos de mi alma. El amor que le tenia era una especie de culto, y mi corazon apasionado daba pruebas, sin un conocimiento cierto, de un poder que mas tarde podria llegar á ser funesto.

Mamita habia sido de una rara belleza, y conservaba todavía la de su edad; su pelo blanco como la nieve, suspendido con gracia y atado en trenzas sobre la cabeza, dejaba enteramente decubierta una frente perfectamente delineada, y unos ojos azules de una dulzura angelical. Sus facciones finas

y delicadas descubrian toda entera su alma por una espresion indecible de calma y benevolencia habitual; así como la blancura apénas coloreada de su tez, parecida á una gasa, cubria ligeramente unas delgadas venas azules, que le daban, aun en su edad, casi el atractivo de la juventud. Era de mediana estatura, no gruesa, y sumamente aseada; siempre vestida de blanco y tan prolija en su tocador, que llegaba la noche sin notarse la mas mínima alteracion ni en su peinado, ni en los pliegues de su vestido. Me miraba con una ternura tan viva, que sus hijos con frecuencia, y solamente por chanza, le daban algunas quejas sobre esto. „Que quieren ustedes, les decia ella con agrado; el último grado de mi ecsistencia le toco

en ella, dejádmele gozar!" Y ellos en encarecerle su ternura, y yo en aprovecharme de ella. He aquí como se han pasado los primeros años de mi vida. Rodeada siempre de amor y de los cuidados mas tiernos, la ausencia de mis padres era para todos los que se hallaban á mi lado, un nuevo motivo de interesarse por mí; toda la familia tenia derecho de consentirme, y nadie tenia el de tratarme con severidad. Ha resultado de esto, que habiendo nacido sensible y confiada, y no habiendo recibido en mi niñez, mas que impresiones análogas á estas inclinaciones, me habia imaginado que el mundo estaba poblado de amigos, y que solo habiamos nacido para amarnos y hacernos mutuamente felices. La espe-

riencia ha rectificado despues lo que habia de ecsageracion en estas ideas; pero siempre he conservado una cierta disposicion para ir llena de confianza al encuentro de los corazones, que me parecian bien dispuestos hácia mí; creia hallar en ellos amigos de infancia, y cuando me he equivocado, léjos de resfriarse mi alma y replegarse en sí misma, le ha dado mas entrada á los sentimientos de inclinacion. En el dia, el conocimiento del mundo me ha demostrado los inconvenientes anecsos á este carácter, y he deducido una triste verdad; esta es, que el esceso de benevolencia en una muger, es una de las disposiciones que hay mas que temer para su felicidad.

III.

Creo que á un mismo tiempo aprendí á leer y á hablar, á lo ménos no lo conservo en la memoria; pero mi primera instruccion fué muy descuidada, por el temor de contrariarme, y como el gusto al trabajo solo es el resultado de la razon ó de la costumbre, me agradaba mucho mas evitar una sujecion cuya utilidad desconocia, y preferia los juegos y las travesuras. De estas no se escapaban ni mis preceptores, ni los compañeros de mi niñez; y me acuerdo de haber hecho volar por los aires el gorro de un viejo maestro que me enseñaba

á escribir; que no pudiendo conseguir el que yo formase los renglones, se le ocurrió enseñarme á ayudar á misa. Mis juegos se resentian de aquel espíritu de libertad, ó mas bien, de dominacion en que habia sido criada. Siempre hacia yo por derecho, el primer papel, y no le cedia sino á aquellos á quienes amaba mas. Nadie podia valerse de la autoridad para traerme á la razon. Si cometia una falta no se empleaba conmigo otro medio que el de la persuasion, haciendo que obrasen los sentimientos del corazon, y creo que á estos nunca me he resistido.

¿ Que ha resultado de aquí? que mi sensibilidad puesta en accion desde temprano, tuvo un desarrollo precoz, y

tomó un grado de ecsaltacion, que ha conservado siempre.

Tenia yo una tia, hermana de mi abuela, apénas de veinte y cinco años de edad, que vivia con Mamita. La queria tiernamente; ella fué la que me dió las primeras lecciones de gramática francesa, y á ella debo mi primera instruccion religiosa. Ella en fin, me habia llevado insensiblemente con su dulzura y jovialidad á mirar la ocupacion como un placer.

IV.

En esa época (tenia yo cerca de ocho años y medio) regresó mi padre de Europa. Se le habia nombrado inspector general de las tropas de la isla de Cuba; y aunque este cargo debiese fijar su residencia en la Habana, el gusto decidido de mi madre por la Europa, hizo que mi padre pidiese al rey permiso para limitar su inspeccion á frecuentes viages. Mi madre se quedó en Madrid con mi hermana y mi hermano, nacidos en España.

El regocijo que tuve en conocer a mi padre, fué turbado por el pesar de dejar

á Mamita, y no se me pudo separar de ella, sino prometiéndoseme el verla todos los dias. Me establecí en casa de mi padre, no como una niña, sino lo mismo que lo hubiera sido mi madre. Todo estaba sometido á mis caprichos, todo cedia á mi voluntad. Tenia un carruage á mis órdenes y era dueña de salir cuando quisiese, acompañada solamente por una esclava que me habia criado. Mi padre me amaba con una ternura estremada, y parecia querer indemnizarme de su pasada indiferencia, dispensándome con profusion todos los gustos que mi edad me permitia gozar . . . . . Jóven, vivo, alegre hasta tocar en aturdido, y sin entender nada de la direccion de una jóven, no tenia otro obgeto en mi edu-

cacion mas que el de mi dicha presente. Bueno y generoso con esceso, no podia ver ningun desdichado junto á sí. Era esplendido en todo, así en las funciones como en las limosnas, pero sin ostentacion, y solamente á causa del poco aprecio que hacia del dinero: jamas apelé en vano á la generosidad de su corazon. Propietario de unas fincas valiosas poseia un crecido numero de esclavos. A estos desgraciados se les daba el mejor trato posible; pero el esclavo nunca sirve de buena fé; envilecido con el hecho solo de la esclavitud arrastra su cadena tristemente, y mide con la vista la distancia que le separa del horizonte, en donde divisa su libertad. Los sentimientos generosos no brotan en su alma, por que mira los

beneficios que emanan de ellos como nulos para él. De aquí se sigue un embrutecimiento, ó una indiferencia por todo lo que le rodea, que le hace insensible, no solamente á las amonestaciones, sino tambien á los castigos corporales. Estos desventurados no tienen mas que una idea fija; esta es la de volver a su país; y á menudo se les encuentra ahorcados en sus bohios, por que están persuadidos de que ese mundo mejor que nos está prometido fuera de este, debe ser para ellos la patria habitada por sus familias.

Era preciso, pues, á veces ahogar el grito de la humanidad, y someter los esclavos á unos castigos que me hubieran hecho muy odiosa la estacion del campo, si yo no hubiese hallado una

compensacion á esta impresion penosa en el poco bien que el cariño de mi padre me permitia derramar sobre aquellos desgraciados. Me acuerdo muy bien del horror que me inspiraba la esclavitud, y, cosa que parecerá increible, como conocia yo á los ocho años, que no era natural la distancia inmensa que separa al amo de su esclavo; y que esta clase de dominio era violento, forzado y monstruoso. Estos sentimientos se desarrollaban con tanta mas facilidad, cuanto á que por una consecuencia de mi educacion, siempre habia mirado á la opresion como á la mayor de las desgracias. Este cuadro de la esclavitud presente siempre á mis ojos, en mis primeros años, léjos de perjudicar á mi carácter, no ha desarrollado en mi co-

razon mas que sentimientos elevados; tan cierto es que el esceso del mal puede ser orígen del bien. La vista de aquellos seres infortunados, cuya ecsistencia toda no era mas que una cadena de actos de dependencia, ha producido en mí por todo el resto de mi vida, una oposicion invencible á forzar la voluntad de nadie, ni aun en las cosas de poca importancia. Constantemente he pensado despues que el libre uso de la voluntad era el primero de los bienes, y que la opresion los emponzoñaba todos. Tal vez se dirá que yo soy tan zelosa de la independencia de los demas, como de la mia propia. Ademas nunca he podido persuadirme que un ser puesto bajo de mi dominio me tuviese apego: esta idea me hizo padecer mucho en mi pri-

mera juventud. Dotada de una alma amorosa, me valia de todos los medios posibles para lograr el afecto de las personas que me rodeaban, aspiraba á ser amada, y tenia la conviccion íntima de no poderlo ser. Me hallaba siempre mal con mis criados, por que pensaba que su posicion era falsa respecto de mí. Posteriormente, ideas mas ecsactas me hicieron adoptar un plan que calmó esta disposicion. Hacerles beneficios sin contar con su reconocimiento; no ecsigirles muchos servicios pequeños, como otros amos, y que hacen tan dura su ecsistencia, y perdonarles sus faltas, cuando estas no fuesen ya demasiado graves, como la consecuencia de su condicion, tal es el plan de conducta que me tracé.

V.

Un dia me despertaron los gritos de un negro á quien se castigaba: eran las cinco de la mañana; salto precipitadamente de mi cama y corro en busca de mi padre que aun dormia: entro en su cuarto de puntillas y casi desnuda; me acerco sin hacer ruido á su cama y le beso en la frente.... Mi padre se despierta y viéndome llorando: „Que tienés? de donde vienes? por que lloras?" me dijo. Le cuento lo que habia interrumpido mi sueño y le suplico que envie prontamente á librar á aquel negro del castigo. Se levanta mi padre, me

arroja encima algunos vestidos, y me conduce al parage en que se hallaba el negro.

Este, que aun estaba bajo las varas habia cesado de gritar, y esperaba con ojo seco el término de su castigo. Mi cara llena de terror y mis ojos todavía llorosos, contrastaban con su aire de indiferencia y casi de insensibilidad. Supimos que habia reincidido por quinta vez en la fuga; sin embargo, mi padre mandó al momento que le dejasen libre. Así es que mi posicion en la niñez me ponia en el caso de egercer la caridad como un dulce hábito, y aliviando la miseria de los que me rodeaban, sentia desarrollarse en mí aquella necesidad de hacer el bien, fuente de los goces mas puros y mas durables.

Aprendí á ponerme siempre de parte del desgraciado, ántes de saber si habia merecido su suerte.

Todos los domingos se decia misa en un gran oratorio contigüo á la casa, en el cual se reunia una multitud de esclavos. Despues de la ceremonia les era permitido venir á saludar á su Señor: aquella era la hora de perdon, y cuando ellos tenian algunas gracias que implorar se aprovechaban de aquel momento. Un dia al salir mi padre del oratorio, ví lanzarse de la multitud, que se apartó casi con respeto, á una hermosa negra con su hijo en los brazos. Su talle delgado, su porte magestuoso y lleno de nobleza, prevenian en favor suyo, y parecian anunciar hábitos de mando, mas bien que de obedeci-

miento: llega, se prosterna á los pies de mi padre y le suplica que le conceda una gracia; su peticion se limitaba á poca cosa. Destinada por el mayoral al trabajo de los trapiches, preferia y solicitaba con instancia el de los secaderos. El primero era penoso y dependiente, al paso que el segundo se reducia á una vigilancia sosegada, aunque esponia á los que se egercitaban en él á los ardores del sol. El deseo que ella manifestaba de esta mudanza, se fundaba en el interés del hijo que criaba. Como estas plazas estaban reservadas para las negras viejas ó enfermizas, le dijo mi padre que ella no era la única que tuviese hijo en la finca, y que siendo grande, fuerte y jóven, se hallaba destinada á los trabajos mas activos.

Entónces se levanta aquella negra, se abraza con su hijo, y se deshace en llanto, pronunciando estas palabras: „ Mi belleza y mi juventud constituian un tiempo mi ventura; ¿por que han de causar ahora mi desdicha?" Un cierto aire de arrogancia se percibia en medio de su pesar; sus lágrimas me conmovieron, y saltando al cuello de mi padre le insté á que cediese; su buen corazon hizo lo demas.

El gozo de la negra fué tan vivo, como lo habia sido su dolor, ó mejor dicho, estas dos sensaciones se confundieron; pues al propio tiempo que hacia gestos significativos de alegría, sus lágrimas no paraban de correr, y su fisonomía pasaba subitamente de la espresion del pesar á la del placer.

El esterior de aquella negra se hallaba tan poco en harmonía con el de sus compañeros, que mi padre ordenó que se tomasen algunas noticias acerca de ella, y este fué su resultado. En el reino de Congo la dignidad real no se concede sino á la mas bella, y esta escoge al rei á su gusto. Nuestra negra Cangis proclamada la mas bella de las bellas, habia sido coronada, y haciendo al punto el mejor uso de su poder, eligió á su amante por rei. Pocos meses despues y ya en cinta, marchó con su marido para atacar á una tribu enemiga: ella le vió perecer en el combate; fué hecha prisionera y entregada al capitan de un barco negrero. La condugeron á la Habana, y fué vendida con su hijo á mi padre. Así el hombre en

tadas, prontas siempre á marchar. Yo nunca habia montado á caballo; lo deseaba con ansia, y del deseo á la egecucion no habia intervalo para mí. Viva, guiada por mi astucia infantil, acechè el momento favorable, y despues de haber ecsaminado á los dos ordenanzas, me decidí á atacar al mas viejo, creyéndole mas débil.

„Silva," le dige, „yo tengo muchas ganas de probar tu caballo—Señorita, es muy brioso, y V. no podria sugetarse en él—Tú te mantendrás junto á mí, y yo le llevaré despacio—Pero ¿si el Sŏr. Conde lo llega á saber?—Papá hace siempre lo que yo quiero —¿Y si le sucede á V. alguna cosa? me pierdo para siempre, y tengo hijos, Señorita— Vamos no me sucederá nada; te daré

cuatro duros para que compres zapatos á tus hijos. Tómalos, y déjame á mi." De un salto subo en un banco que se hallaba cerca de la puerta, de otro me pongo en el caballo, y sin darle tiempo á la ordenanza para arrepentirse, arreo á mi corcel que parte al galope..... El primer momento fué feliz. Yo egercia un nuevo poder: aquel animal fogoso que creia conducir, la rapidez del movimiento, la impresion viva é intensa del aire, todo aumentaba mis fuerzas y mi valor... Pero mi dicha fué de corta duracion: á medida que mi mano se debilitaba, el caballo apresuraba su carrera; sintiendo mi debilidad empezaba á temer; mi timidez crecia con las voces de susto y sobresalto de la ordenanza, que venian de léjos á herir mis

oidos ..... Insensiblemente se me desvaneció la cabeza: mi respiracion era fatigada, un ligero temblor se apoderó de todo mi cuerpo, y perdí enteramente el conocimiento ..... Cuando volví en mí, y abrí los ojos, me halle tendida sobre la yerba, á orillas de un arroyo, con el pelo suelto, sin zapatos, y no teniendo por fortuna, mas que un rasguño en la sien derecha. Los primeros objetos que se presentaron á mis ojos fueron, mi caballo, que despues de verse libre de mí, se bañaba tranquilamente en el arroyo, y el mal aventurado Silva, de rodillas, llorando, torciéndose las manos y entregado á la desesperacion ..... „Papá no sabrá nada," tales fueron mis primeras palabras. Mi negra Dolores que me habia seguido de

cerca, me cargó en sus hombros y me llevó á la casa de vivienda. Felizmente mi padre se habia ausentado por algunas horas, y no fué difícil ocultarle este accidente. En los cinco primeros dias no me resentí de nada absolutamente; pero al sesto esperimenté unos terribles desvanecimientos y muy fuertes dolores de cabeza. Por la noche se declaró la fiebre; se envió por un médico á la ciudad; Mamita no tardó en seguirle, y todo fué movimiento en casa de mi padre.

Yo sabia muy bien cual era la causa de mis padecimientos; pero nada me habria obligado á declararla. No temia las reconvenciones, mi padre nunca me habia reñido; pero aquel pobre Silva estaba siempre presente en mi pen-

samiento, y no queria hacerle perjuicio. Por fortuna este buen hombre sabedor de mi peligro, no vaciló en confesarle á mi padre: me sangraron, y aquel accidente no tuvo mas resultas.

VII.

Partimos para la ciudad, y durante algunos meses los bailes y otras diversiones se repitieron en casa de mi padre. El habanero, aunque bajo la influencia de un clima abrasador, gusta de la danza con pasion, y es un contraste digno de notarse, verle despues de haber pasado todo el dia blandamente recostado en la butaca, con los ojos medio cerrados é inmóvil, con un negro jóven á su lado para abanicarle y hacerle cualquier servicio ligero, que ecsija algun movimiento; es un contraste muy singular, repito, verle salir

de este estado de voluptuosa apatía, para entregarse con ardor al egercicio animado del baile. Este contraste se reproduce en todas sus disposiciones morales: dulce hasta tocar en debilidad en todas las circunstancias comunes de la vida, violento é indomable cuando sus pasiones estan en accion. Su esterior, principalmente el de las mugeres lleva siempre el sello de estos dos carácteres tan diversos, y esta mezcla de viveza y de languidez les da un encanto irresistible. Pareceria que el sol, penetrándolas con sus ardientes emanaciones, no egerce su influencia sobre ellas, sino instantáneamente para animar su dejadez.

Mi padre se complacia en llevarme á los bailes, pero yo les preferia la so-

ciedad de Mamita. Sentada á sus pies, apoyada en sus rodillas, escuchaba con un vivo interés algunos rasgos del antiguo testamento, ó de la historia romana, y esperimentaba un no sé qué, que me persuadia de que prefiriendo á Mamita al baile obraba bien. Mirándola sentia que la felicidad que ella tenia en verme, era mia.

VIII.

Pocos meses despues se vió obligado mi padre á marchar á Madrid. El cariño que me profesaba le hacia desear llevarme al lado de mi madre: allí hubiera encontrado yo todos los medios de perfeccionar mi educacion, que estaba bosquejada apénas. Mas él tenia el proyecto de casarme en América, y las ideas nuevas en que me habria empapado infaliblemente en Europa, en el seno de una vida mas refinada, hubieran dado otra direccion diferente á mis gustos. Mi ardiente y precoz imaginacion se lanzaba ya impetuosa hácia

el dominio de lo desconocido; me veia atormentada por el deseo de aprender, y todo hacia pensar que las facultades activas de mi alma, habian llegado á un punto, en que necesitaban de un pronto desarrollo. El partido mas prudente era, pues, calmar aquella disposicion, y dejarme ignorar todo lo que podia, creándome nuevas necesidades, turbar aquella harmonia tan precisa entre la educacion y el puesto social, á que está una destinada. Mi padre lo concibió así, y tomó el partido que parecia aconsejar la prudencia; pero el fanatismo y la ignorancia frustraron los efectos de una determinacion bien meditada.

La madre de mi padre, buena, sencilla, virtuosa, amando á Dios con ardor, y sometida en todo á su director

espiritual, se imaginó que el modo mas seguro de ponerme á cubierto de todo peligro, era el de colocarme en un convento; porque, decia ella, la escesiva ternura de Mamita, y la libertad con que se me habia criado hasta entónces, podian ser ya muy peligrosas. Mi padre vaciló en adoptar este medio por el temor de disgustarme; pero al fin se rindió, y fué decidido que si yo no tenia repugnancia, pasaria en el convento de Santa Clara todo el tiempo que mi padre estuviese ausente. Mi abuela empeñada por conviccion y tambien por amor proprio, en obligarme á consentir en esta medida, empleó cuantos medios eran del caso, y acabó por lograrlo. Puse por condicion sin embargo, que la partida de mi padre no se verificaria

hasta algunos dias despues de establecerme en el convento.

Las religiosas de Santa Clara pertenecian á las familias mas distinguidas de la ciudad. Unas habian abrazado el claustro por consecuencia de los cálculos ambiciosos de sus padres; otras porque los medios de subsistencia que tenian, no les permitian sostener en el mundo el rango de su nombre. Algunas dirigidas y amoldadas á este obgeto por manos diestras, se habian imaginado, que renunciando á los mas dulces goces de la vida, ocuparian dignamente el puesto que Dios les habia señalado en este mundo. Estas eran las mas dichosas; criadas en el convento desde su niñez, no podian echar ménos lo que no conocian. Luego las ménos dignas

de lástima eran aquellas, que habiendo apurado en el mundo la copa de los deleites y de las miserias de la vida, iban á ofrecer á Dios unos corazones desalentados, que tenian cerrados para el porvenir las puertas de la esperanza, y que á falta de felicidad aceptaban con resignacion el descanso. Mas; ¡cómo podria pintarse el dolor de una alma tierna, que despues de haber hecho prueba de su poderio, se ve encerrada para siempre en la flor de la edad; que consumida alternativamente por pesares y por deseos, ve correr los dias y las noches sin recibir jamas el menor consuelo en sus penas; que roida por una melancoliá que nada podria destruir, mide con la vista aquellos muros elevados y fija sus tristes miradas en aque-

llas rejas dobles, ansiando como el viagero del desierto, alguna fuente inesperada de consuelo, ó de esperanza!... Pobre madre Santa Ines! yo te he conocido, y aunque en una edad bien tierna, mi corazon ha simpatizado con tus pesares. Pero no anticipemos los acaecimientos.

IX.

El dia de mi entrada en el convento fué en verdad dia de fiesta para las monjas. En una mansion donde el curso de la vida es tan poco variado, la llegada de una persona jóven debia producir alguna sensacion: las ancianas veian una prosélita en mí, las novicias una nueva compañera. Yo tenia en el convento dos tias, hermanas de mi abuela; la de mas edad era la abadesa; la mas jóven se encargó de mí.

Mi abuela me llevaba con frecuencia á visitar á las monjas en los últimos dias que precedieron á mi entrada en

el convento. Ellas se valieron de las atenciones mas delicadas, y aun podria decirlo, de una especie de coquetería para seducirme: los halagos, las lisonjas, las bolsitas de olor, los bonitos escapularios, los buenos dulces, nada omitieron; pero todos aquellos estremos iban á frustrarse el último dia, al ver las fatales rejas, y al oir el sonido discordante de los cerrojos. Ya era demasiado tarde; lo habia prometido; con el corazon oprimido y los ojos llorosos, abracé á Mamita, y por primera vez sentí el golpe de la desgracia y el yugo de la necesidad.

Mi tristeza no se disipó en todo el dia, apesar de los cuidados de las buenas hermanas y del humor festivo de las novicias. Entre las personas que

acudian solícitas á mi lado, reparé una religiosa jóven, cuyo aire paciente y mirar melancólico llamaron mi atencion é interesaron á mi alma. No sé que relacion secreta se estableció entre nosotras; pero me parece que no la veia por primera vez. Leyendo sus penas en sus ojos creia haberle comunicado las mias: ella me hablaba poco, pero sus palabras eran consoladoras y producian una dulce persuasion en mi alma. Impelida hácia ella por aquel encanto desconocido, abandoné enteramente á mis compañeras, y acercándome con confianza, le ofrecí el brazo proponiéndole dar un paseo por el jardin. Un movimiento de placer brilló como un relámpago en sus ojos; pero su espresion cambió súbitamente y sus megillas,

que hasta entónces habian conservado una palidez mortal, se colorearon un instante al aspecto de mi tia, que mas pronta que el pensamiento, colocándose con aire severo entre las dos, me tomó por el brazo y casi me arrastró para otro lado..... „Hija mia," me dijo, „procura no fijar tu afecto en el convento, ántes que hayas recibido los consejos, que mi amistad y mi esperiencia pueden ofrecerte....." Este acto de tiranía, oculta bajo el velo de la ternura, decidió mi odio al convento, y mi amistad á la jóven monja.

Por la tarde se reunieron todas las religiosas en una gran sala destinada al recreo para ensayar algunos cantos que debian egecutarse al dia siguiente, que era la fiesta de la patrona del con-

vento. Se me propuso que me uniese con las demas; yo tenia voz y las acompañaba en el canto con facilidad. Los elogios que las religiosas me prodigaron, me sorprendieron, sin causarme gusto.

Yo comencé á estar sobre aviso, por que el tono meloso que acompañaba á sus palabras, ocultaba mal el fin que ellas se proponian, y que mi instinto me hacia adivinar. "Esta hermosa voz que bien empleada estará en las alabanzas del Señor! decia una —Es digna de serle consagrada, añadia otra. . . . . ¿No es así, hija mia, que os quedaréis con nosotras?" Y yo les respondia con una sonrisa forzada, reconviniéndome interiormente por este sentimiento de ingratitud.

A las nueve de la noche se tocó la campana de silencio. Al punto la mayor calma se siguió á los juegos y bulliciosos corrillos. Monjas y novicias, caminando ligeramente de puntillas, se dispersaron por los claustros. No conociendo las entradas y salidas del convento, permanecí un momento sola en la sala; pero mi tia no tardó en mandarme á su mulata con una linterna sorda, para que me condugese. Baja de cuerpo, abultada de carnes, de ojos redondos y vivos, la nariz chata, labios gruesos, pasa retorcida, color de cobre y pies enormes, tal era el esterior de Dominga. „Señorita," me dijo, con una voz gangosa, „sígame Vd." Atravesamos por muchos corredores, alumbrados solamente con lámparas medio

apagadas, y por algunos rayos de la luna que penetraban por las vidrieras. El ruido acompasado y misterioso del andar de las religiosas, el rozamiento de sus anchos y pesados hábitos de lana, sus formas vagas, que se escapaban á mi vista en el momento de percibirlas, todo heria á mi imaginacion y sumergia mi alma en la tristeza. El recuerdo de Mamita, de mi padre, de mi pasada felicidad, se representaba alternativamente en mi memoria, y siguiendo con tímido paso á mi guia y su linterna, tomé la firme resolucion de salir del convento.

El poder de la voluntad es inmenso, y cuando esta egerce su imperio absoluto, un vigor, un impulso, hasta entónces ignorado, nos descubre el cono-

cimiento de nuestras fuerzas, estendiendo el círculo de nuestras facultades. Tambien decide muchas veces de nuestro destino. Lo he pensado á la edad de nueve años, como lo pienso en el dia, pero entónces no podia saber en que consistia esto; obraba por instinto.

Atravesamos por un largo corredor que terminaba en una escalera; al bajar nos hallamos frente del jardin. Mi guia tomó por otro corredor á la derecha creyendo que yo la seguia; pero me habia quedado inmóvil en el último escalon, puesta la mano sobre la baranda, observando atentamente una figura, que se presentaba ante mis ojos. Vi á una religiosa, que reconocí en su ropage blanco y en el velo negro que la cubria á medias. Estaba apoyada con descuido

en una de las columnas que sostenian la galería, con los brazos pendientes y la cabeza caida sobre el pecho. Hubiera creido que estaba entregada á una profunda meditacion, si algunos sollozos ahogados no hubiesen herido mis oidos. Arrastrada por una dulce simpatía, dí algunos pasos hácia ella: mi corazon la habia conocido: era la madre Santa Ines. En aquel instante, asustada al oir que una persona se le acercaba, un ligero temblor agitó sus miembros: volvió á recobrarse, levantó la cabeza, y la luna que alumbró su rostro, me descubrió sus grandes ojos negros y sus megillas pálidas, mojadas con lágrimas. . . . . „Eres tú, niña mia?" me dijo con suave voz y un aire placentero, que contrastaba con la es-

presion dolorida de su cara. Sin contestarle tomé sus dos manos con las mias, apretándolas fuertemente: la abracé repetidas veces y recogiendo con prontitud del suelo su pañuelo, que se le habia caido, enjugué sus megillas, y la abracé de nuevo.... Manifesté tanto interés, y aun diria tanto amor en esta accion, que sus lágrimas volvieron á correr; pero ya no eran lágrimas de amargura, y veia que se le escapaban lentamente y sin pena. "¡Cuanto bien me proporcionas, querida niña! Tus caricias son las primeras que han penetrado en mi alma, hace cuatro años. Alejada para siempre de los obgetos de mi afecto, todo es dureza y frialdad en torno mio: padezco, lo ven y no me lo perdonan.—Ah! Cuanto amo á Vd.!"

le dige yo. „¡Tanto como la compadezco!..... Quisiera poderla llevar á Vd. conmigo, cuando salga de aquí, pues no permaneceré mas de dos dias en el monasterio." Ella movió la cabeza en señal de no creerlo. „Qué, Vd. lo duda? —¿Conoces tú las intenciones de tu abuela?—Conozco las de mi padre, y él nunca se ha opuesto á mi voluntad: creia que yo estuviese bien aquí ínterin durase su ausencia; mañana le escribiré, diciéndole que estoy disgustada, y vendrá á buscarme inmediatamente, estoy cierta de ello.—Tu padre te ama y desea tu felicidad, pero tu abuela cree alcanzarla, haciéndote abrazar la vida religiosa, y no omitirá ningun medio para lograrlo. La conducta que todas las hermanas observan contigo me lo

ha hecho conocer. Se piensa en irte preparando por grados para que tu misma lo solicites de tu padre á su regreso. . . . . .—"

En aquel momento oí los pasos lentos de Dominga, y pregunté á la madre Santa Ines—donde podria volver á verla—„Mañana por la mañana á la hora de coro . . . . . Adios, silencio . ."—Me alejé de ella para que no la reconociese Dominga, quien me condujo á la habitacion de mi tia, murmurando entre dientes, de lo que ella llamaba mi viveza.

X.

El dia siguiente á las seis, salió mi tia para el coro, y Dominga creyéndome dormida, no tardó en seguirla. Media hora despues, ya estaba yo en la celda de mi amiga. Me recibió con alegría; su alma tierna parecia probar una especie de felicidad en desahogar su pecho conmigo y dar curso á aquella fuente de afectos comprimidos, habia tanto tiempo. Yo le abrí mi corazon, pero no pude penetrar la causa de sus penas; seguramente mi edad le impidió revelármelas. Adiviné su pensamiento, y lo que es mas, le demostré mucho in-

terés y ninguna curiosidad. La dulce simpatía que me inspiraba, difundia á mi vista un encanto sobre toda su persona. He hallado en el mundo bellezas mas perfectas, pero otra cosa de tanto atractivo no la he visto nunca. Tenia apénas veinte y dos años; su estatura mediana y delgada estaba sostenida por unos pies tan pequeños, que casi no se percibian bajo de su ancho hábito. Su andar incierto y tímido, nunca era regular; ya precipitaba sus pasos, ya los aflojaba, ó los detenia; se hubiera dicho que asaltada á un tiempo por pensamientos funestos y halagüeños, queria huir de unos y retener los otros. Tenia facciones delicadas; sus hermosos ojos negros, grandes y un poco hundidos, arrojaban al traves de una

sombra misteriosa, aquella mirada tan apreciada de los pintores, y se hallaban en armonía con unos labios poco encarnados y llenos de gracia; pero alterados frecuentemente por un ligero movimiento convulsivo. La espresion habitual de su fisonomía dulce y melancólica descubria á veces, bajo el velo de la resignacion, las fuertes y dolorosas emociones que la agitaban. Aunque su tez natural fuese muy blanca, la enfermedad de languidez que la consumia, daba á su estremada palidez un ligero color de cera vírgen, que hacia dudar de que su sangre circulase por las venas; y cuando al entrar en su celda, la encontré sentada con las manos cruzadas sobre el pecho, y los ojos elevados al cielo, dirigiéndole una mirada vaga

y prolongada, creí ver una de aquellas estátuas de mármol, que habia reparado muchas veces colocadas sobre los sepulcros.

XI.

Escribí á mi padre, espresándole el fastidio que sentia en el convento, y suplicándole me volviese á llevar á casa de Mamita ántes de su marcha. Mi carta respiraba confianza y seguridad, porque yo conocia el corazon de mi padre; él me habia acostumbrado demasiado á la indulgencia. Recibí su respuesta por conducto de mi abuela; me ecsortaba á la tranquilidad y á la paciencia, me aseguraba nuevamente de su cariño, y anunciaba su firme resolucion de dejarme en Santa Clara el tiempo que durase su ausencia. Mi

sorpresa y mi pesar fueron sin tamaño. No me desanimé; rogué, supliqué á mi padre que fuese á verme; me parecia que si sus ojos se fijaban en los mios, todo lo conseguiria de él; mas no vino. Adivinando á que influencia debia tanto rigor, me valí de un estratagema, que se hallará superior á mi edad, sino se piensa en el desarrollo rápido que presta á nuestras facultades la fuerza del clima de fuego que me vió nacer; clima, bajo el cual no hay niñez por decirlo así.

Manifesté á mi tia el deseo de confesarme. Habia dos sacerdotes destinados al monasterio, como directores; uno de ellos era el confesor de mi abuela; yo lo sabia, y le eligí para el mio. Al dia siguiente me acerqué al

confesonario, y cuando me vi sola con el padre, le dige—„Padre mio, no vengo aquí para confesarme; en el estado de desórden y agitacion en que estoy, cumpliria muy mal con ese deber. Conozco la influencia que Vd. tiene con mi abuela: ella es la que me ha obligado á entrar aquí, ella sola puede sacarme. No tengo valor para permanecer mas tiempo; estoy desesperada..... Si cometo alguna culpa grave recaerá sobre su conciencia ..... Háblele Vd. padre mio, y no me abandone!...."— El sacerdote sorprendido, y quizás conmovido, me lo prometió todo.

Algunos dias pasaron sin que yo recibiese noticias de mi familia. Las monjas redoblaban sus atenciones y sus cuidados conmigo, pero yo estaba insen-

sible á todo. La pérdida de mi libertad me era insoportable; la separacion de mis amigos, de mi padre, y sobre todo, de Mamita, me causaba el pesar mas vivo. Habia perdido el apetito y el sueño; pero conservaba el ánimo, y me ocupaba sin descanso en los medios de salir del convento. Mil proyectos estravagantes se presentaban á mi imaginacion. El abandono de mi familia, tan nuevo para mí, me causaba mucha pena. Este paso repentino de una indulgencia sin límites á tanta severidad, haciéndome patente la primera idea de injusticia, desenvolvió en mi carácter cierta inflecsibilidad desconocida hasta entónces. Al dolor que esperimentaba se mezclaba una especie de irritacion. Me parecia que el olvido de los demas,

me autorizaba á bastarme á mí misma, y llegué á creerme libre de toda sumision, y con derecho á sacudir el yugo que me oprimia.

Mi único consuelo consistia en la amistad de la madre Santa Ines. Se le habia dispensado á causa de su poca salud, la asistencia al coro por las mañanas. Yo me aprovechaba de esta circunstancia y de la ausencia de mi tia para ir á verla; le confiaba todos mis proyectos, y ella me daba buenos consuelos sin desaprobar mi resolucion.

Se reedificaba en ese tiempo una parte de las viviendas interiores del monasterio; y á pesar del rigor de la regla, era necesario abrir la puerta principal muchas veces en el dia, para

dejar entrar y salir á los operarios. Un dia que yo comunicaba á mi amiga mis proyectos de evasion por este medio; despues de haberlo combatido como impracticable—„pobre niña," me dijo al verme llorar,—„cómo te compadezco! Tu imaginacion ardiente y tu tierno corazon, no han sido creados para esta morada..... Ya no vacilo mas; haré por tí lo que hubiera querido que hicieran por mí..... Mercedes, vas á ser depositaria de un secreto, del cual está pendiente mi suerte, y quizas, mi vida. Sin temor lo confio á tu corazon infantil: una voz secreta me dice que tu no engañaras mi confianza..... Piensa que se necesita mucho ánimo!!!!....." Luego, como queriendo enmendar sus pa-

labras; „¿estas muy decidida á salir de aquí, hija mia?—Siento en mí la fuerza necesaria para tentar todos los medios de lograrlo.—Pues bien, escucha. ¿Cuando has ido al coro para oir misa, has reparado el lugar destinado para la comunion de las religiosas?—Sí, es aquella abertura practicada en el muro, á tres pies de altura, y que esta cerrada por dos puertas; una al lado de la iglesia, y otra á lo interior del convento— ¿Crees tú poder pasar por esa abertura?—Así lo pienso; ¿pero como me haré de las llaves? el vicario guarda una y la abadesa otra.—No las necesitas; las puertas estan sin llaves; este es un secreto que nadie conoce en el convento..... Aprovéchate de él, y cuando seas mas feliz, no me olvi-

des."— ¡Cómo espresaria lo que esperimenté en aquel instante! Mi plan de evasion y aquella libertad tan deseada que veia tan prócsima, desaparecieron por un momento, ocupando su lugar la mas viva gratitud. La confianza que mi amiga acababa de manifestarme, me realzaba á mis propios ojos. ¡Yo adivinaba por instinto el valor de aquel depósito, que con tanto abandono acababa de confiar á la debilidad de una niña! Oh! no, ya no era una niña; por que yo comprendí en aquel momento, así la delicadeza de su conducta, como los deberes que ella me imponia: ya no dudé del buen écsito de mi proyecto. El descubrimiento que acababa de hacer, me volvió á mi natural alegría y abandonándome con la

ligereza de la edad á todo el esceso de mi regocijo, logré disipar, á lo ménos por algunos instantes, la melancolía de la madre Santa Ines.

XII.

Mi tia ignoraba siempre las visitas secretas que yo hacia á mi amiga; esta le disgustaba, y me habia prohibido verla. La mudanza que observó en mí, le causó gusto; y queriendo aprovecharse de mis buenas disposiciones, arriesgó de nuevo algunas reflecsiones sobre las ventajas de la vida religiosa. „¡Cuanta felicidad es, hija mia, servir á Dios sin tener que combatir las tentaciones del mundo!—Pero, tia mia, me parece que es mas meritorio servirle, combatiéndolas—Pero esta calma.....—Me cansa terriblemente,

tia mia—Vamos, vamos, mañana estarás mas juiciosa."—Sí, decia yo para mí, porque estaré léjos de aquí.

Yo habia dispuesto mi plan de huida para la mañana del dia siguiente; pero no queria dejar el convento, sin despedirme de mi amiga. Esta, no estaba advertida de mi determinacion, y me veia sumamente confusa en hallar modo de burlar la vigilancia de mi tia y de Dominga. Ya habia pasado la hora de coro por la mañana, y tenia obligacion de asistir con mis compañeras á la de la tarde. La madre Santa Ines debia concurrir tambien, pero no podia verla, sino de léjos, y una mirada no era suficiente para mi corazon; he aquí el arbitrio que este me sugirió. Escribí en un papel: „Parto mañana;

necesito verla á Vd. ántes: esta noche, bajo el cedro grande del cementerio. . . . . ." Nos era permitido entrar en el coro á cualquiera hora del dia; conocia el sitio que comunmente ocupaba mi amiga. Las monjas no hacian uso de asientos ni de reclinatorios: las mas veces se quedaban las horas enteras, ó sentadas, ó de rodillas sobre las losas de mármol. Habia cierto número de cagitas pegadas á la pared, en las cuales guardaban sus libros de oraciones; no me fué difícil hallar la de la madre Santa Ines. Tomé el libro que usaba diariamente y puse dentro mi billete para el rezo de vísperas.

A la hora de recreo fuí con mis compañeras al jardin, y miéntras permaneciamos allí, se nos ecsimia de toda vigi-

lancia particular. El paso del dia á la noche es tan agradable en aquel clima, que muchas veces nos permitian prolongar nuestros juegos en el jardin hasta despues del crepúsculo. Inquieta, preocupada, me era imposible tomar parte en las diversiones de mis compañeras. Esperando el momento de alejarme sin ser vista, me senté un poco desviada, bajo un emparrado de flores. El tiempo era hermoso, al calor ardiente del dia, habia sucedido una ligera brisa. El sol acababa de ocultarse por el lado del mar, y el color de púrpura que habia quedado, no aclaraba mas que la parte superior de la atmósfera, dejando caer sobre la tierra las sombras de la noche. Por el otro lado, la luna se elevaba ya en un cielo

puro sembrado de estrellas..... Contemplando aquella bóveda reluciente, á que la transparencia de la atmósfera parecia aprocsimarse, un enternecimiento inesplicable se apoderó de mí... ... Mi alma se elevó hácia Dios, las lágrimas corrieron de mis ojos, y dejándome resbalar suavemente hasta el suelo, permanecí algunos instantes inmóvil, y como anonadada por una emocion que me era desconocida hasta entónces..... Ah! ¿por qué mi vida no terminó en aquel instante? Con los ojos cerrados y en un plácido recogimiento, me parecia que no habia intermedio entre Dios y yo: rogándole que me oyese para el buen écsito de mi empresa; creia dirigirme á mi padre, y no me

vino á la idea, que Dios reprobase la accion que meditaba!

Cuando me levanté, todo lo hallé en silencio; mis compañeras se habian retirado: el recuerdo de mi amiga me vino al pensamiento, y con ligero paso salvé la distancia que me separaba de ella.

Me esperaba habia mucho rato, y empezaba á temer el no verme mas. Mi presencia le causó pena y placer á un mismo tiempo. La encontré mas agitada que nunca: su palidez era casi lívida; sus facciones demudadas y sus labios entreabiertos y trémulos anunciaban una agitacion oculta, que en vano se esforzaba en querer alejarla. Se levantó á medias, me abrazó y volvió á caer casi desfallecida sobre el

banco que ocupaba.—„Ven, Mercedes, siéntate junto á mí," me dijo; „tu presencia me causa mucho bien .... Me imagino que soy casi dichosa en este instante." . . . .—Estas palabras, pronunciadas por ella, me dieron tanta pena, que no pude retener el llanto. Ella aparentó no repararlo y continuó: „Tengo un hermano que debe estar ahora en España; él no sabe donde estoy, y se emplean todos los medios posibles para que lo ignore. Su corazon no ha participado de la injusticia, de que he sido víctima, y aunque él sea en parte, la causa indirecta de mi desventura, no le puedo echar en cara ni uno solo de mis tormentos. Si tu padre te lleva consigo, es fácil que le encuentres .... Mira esta carta; la confio á tu amistad.

Has modo de entregársela tú misma; y si alguna circunstancia te pone en la imposibilidad de hacerlo, la puedes romper. Con ella volará mi última esperanza."—Me entregó su carta que yo recibí con un respeto religioso. El placer que me causaba este nuevo testimonio de su confianza, fué turbado por un sentimiento de delicadeza. Pensé que poniéndose tan completamente bajo de mi dependencia, debia esperimentar una desazon interior, causada por la ventaja que adquiria yo sobre ella, ó por una cierta inquietud acerca de mi discrecion. A qué pruebas no me hubiera yo sometido para realzarla á sus ojos, y para hacerle comprehender cuan inferior me consideraba á ella, aun despues de haber llenado los de-

beres que su confianza me imponia! El júbilo que me hacia sentir era tan vivo, que los sacrificios mas penosos me habrian parecido gratos, si con ellos se me presentase la oportunidad de serle útil y de probarle mi gratitud. Cuando la esperiencia llega á ser la regla de nuestras acciones, se hace lo que es bueno, mas bien por cálculo que por induccion. A medida que la razon se apoya en el conocimiento del mundo, el ímpetu del corazon pierde de su fuerza primitiva, y se busca la recompensa de una buena conducta, mas bien en la opinion de los demas que en la satisfaccion de sí mismo. Pero en los principios de la vida, y cuando circunstancias particulares desarrollan de golpe en el alma unos sentimientos nobles

y generosos, los recibimos con un santo entusiasmo; el gozo secreto que esperimentamos nos advierte que cada una de estas revelaciones, tendiendo á completar nuestra ecsistencia, nos aprocsima al obgeto á que estamos destinados. Me separé de mi amiga con un sentimiento doloroso; creia verla por la última vez. Su aire débil y paciente; aquella claridad de la luna que penetraba por entre los árboles y contrastaba con las sombras de la noche; aquel silencio profundo y solo interrumpido por su dulce voz, todo contristaba mi alma, y disponia mi imaginacion á las visiones sobre-naturales . . . . . Ella se levantó; y cuando yo la contemplaba de pie sobre uno de los sepulcros que nos rodeaban, creí por un

momento verla deslizarse á aquella mansion de paz, dirigiéndome el último adios . . . ! Degé de oir su voz; ella cogió mi cabeza entre sus manos, imprimió sus labios en mi frente, y desapareció como una sombra por las calles del cementerio.

XIII.

Volví á la sala de recreo. Mi vista se lastimó por el paso repentino de la obscuridad al brillo de las luces, tanto que mi corazon se sintió afectado desagradablemente por el tumulto gozoso de mis compañeras. Sin embargo, aquella impresion penosa se fué disipando poco á poco, y cuando puse mi cabeza sobre la almohada, sentí que la esperanza la habia reemplazado.

Al dia siguiente oí á mi tia levantarse mas temprano que lo acostumbrado y salir para el coro. Dominga salió media hora despues, y algunos

minutos mas tarde yo seguí sus huellas por los corredores, yendo de puntillas, muy arrimada á la pared y apoyándome de cuando en cuando para que mi andar fuese mas ligero.

El dia comenzaba á rayar y habia bastante claridad para que pudiesen descubrirme. Sin embargo respiré con libertad al reconocer que no iba seguida ni precedida por nadie. Habia dos coros en el convento, uno bajo, al nivel de la iglesia, y el otro encima. En este último era donde las monjas se reunian por la mañana hasta las ocho, y yo fundaba en esta circunstancia la esperanza de hallarme sola en el otro para egecutar mi empresa. Esperimenté una sorpresa desagradable al entrar con el encuentro de varias per-

sonas; con todo no perdí el ánimo. De rodillas, inmóvil, y bajo las apariencias de recogimiento, establecí un plan de observacion. Mi primera ojeada se dirigió á la puertecilla: estaba cerrada como de costumbre, y no debia abrirse mas que un instante, á las nueve, para la comunion. La puerta esterior de la iglesia no estaba abierta todavía. No habia pensado hasta aquel momento en el efecto tan estraño que debia producir mi vestimenta en la calle. Las mugeres no salian nunca sino de negro, y se rizaban el pelo; al paso que el trage de las novicias, que yo usaba, era blanco, con un velo de muselina por la cabeza, el pelo alisado y partido sobre la frente. Esta reflecsion me inquietó por un instante...

... ¿Si me conocian y me volvian á llevar al convento? ..... Oh! no: iré de prisa; me mirarán; tal vez se reirán, pero yo apretaré el paso; si fuere necesario echaré á correr, y en pocos instantes me veré en los brazos de Mamita..... Con este recuerdo; ¿qué fuerza hubiera podido detenerme? Poco á poco se fueron retirando las personas que oraban cerca de mí. Quedaba solamente una negra vieja, arrodillada junto á una columna, al medio del coro: ya no habia que perder tiempo. El momento habia llegado, pero un esceso de precaucion casi me hubiera perdido. Yo podia haberme escapado á pesar de la presencia de la negra, y sin que ella lo notase; no obstante quise saber si su intencion era

irse inmediatamente, y en este caso esperar el momento de hallarme sola para obrar con mas libertad. Me acerqué á ella, y tocándole suavemente en el hombro, le dige:—„¿Buena madre, su intencion de Vd. es quedarse aquí algun tiempo?—Hasta las nueve!!" me contesto enderezándose, y quizas despertándose. Me quede aturdida del golpe: por mi inprudencia acababa de hacerla mudar de postura, y sus ojos abiertos ahora, se hallaban enfrente de mi puerto de salvamento. El sacristan despues de haber abierto la puerta principal, habia vuelto á entrar para revestir al sacerdote que debia decir la primera misa. Ya se oia la campana; de un instante á otro podia llegar gente á la iglesia..... Cortada y llena de

turbacion, me acerco al lado de la reja que tocaba á la puertecilla. . . . . Nunca he podido hacerme una esplicacion de lo que esperimenté en aquel momento. Me sentia intimidada, aunque mi resolucion no se habia aflojado; pero no tenia ya la seguridad de ser guiada por ella. Un tumulto interior me impedia comprehender lo que pensaba, lo que hacia, y lo que queria; pero involuntariamente, me veia impelida por una fuerza irresistible. Mi voluntad, creo, era mi destino; á pesar de la confusion en que estaba, veia todas las dificultades y las consecuencias de mi accion. Pero aunque no estuviese egecutada todavía, no me asaltó ni por un instante, la idea de renunciar á ella, ni de diferirla. Arrastrada por

XIV.

Mi felicidad habia sido pura y sin nublados desde que nací hasta el dia en que me habia separado de Mamita; la encontré de nuevo en los umbrales de su puerta..... Los latidos de mi corazon eran tan violentos que me vi obligada muchas veces á sentarme en la escalera. La primera persona que se presentó á mi vista, fué el negro Salvador, antiguo sirviente de la casa. La espresion de asombro y de alegría la manifestó con unos gestos y unos saltos tan estravagantes, que en cualquiera otra ocasion me hubiera diver-

tido como con la vista de un mono. Luego que se aquietó un poco me dijo que Mamita se hallaba en su oratorio. Reprimia mi impaciencia, pensando en la emocion demasiado viva, que mi repentina presencia podia causarle, y me dirigia para el cuarto de mi tia á fin de concertar con ella el modo de anunciarle mi llegada. Pero esta precaucion fué inútil, porque al atravesar rápidamente por el corredor, me hallé cara á cara con Mamita, en el momento que salia del oratorio. Me precipité en sus brazos, llorando y riendo á la vez; tan grande era el esceso de mi júbilo. Ella me cubrió de caricias, y no tuvo aliento para hacerme una reconvencion. Su primer cuidado fué avisar á mi padre y á mi tia, la religiosa. Mi padre le

452199

mandó decir que iba para su casa. La respuesta de mi tia fué corta y seca. Mi falta era, decia, una consecuencia de la educacion que yo habia recibido, y no se podia hacer responsable de ella, sino á la persona que la habia dirigido. Mamita leyó esta carta en alta voz con calma y sin hacer la menor observacion; pero yo adivinaba la pena que su corazon esperimentaba. El cariño que le tenia identificó en aquel momento mis sentimientos con los suyos; ó, mejor dicho, sentí que me alcanzaba su propio resentimiento; y en aquel instante solamente, me arrepentí de haber salido del convento; no á causa de mi falta, si lo era, sino porque hubiera querido evitar, aun á costa de mi felicidad, la primera

y única pena que pudiera causar á Mamita.

Llegó mi padre: Parecia muy severo, aunque en medio de su rigor se vislumbraba la influencia de mi abuela. Esta le habia sugerido la idea de volverme á llevar al convento. Por fortuna el enfado de mi tia era tanto, que se habia negado á recibirme. A falta de este castigo se le ocurrió á mi abuela inventar otro, que debia despedazarme el corazon. Mi padre me declaró, que su voluntad era alejarme de Mamita, y confiarme, durante su ausencia, á una hermana de mi abuela, que yo á pénas conocia. A pesar del sentimiento que me causó esta determinacion, me sometí á ella sin resistencia, por que queria con mi docilidad y buen modo desmentir la

carta fatal de mi tia. Las reconvenciones que contenia, habian hecho vibrar las cuerdas sensibles de mi alma; y yo hubiera querido á costa de los mayores sacrificios, mejorarme en todo, para hacer que reflejase en Mamita el brillo de mi conducta.

XV.

Mi padre me condujo á casa de la marquesa de Castelflor. Mi tia Paquita era amable: yo no la quise al momento, pero vi que podria quererla. Aunque muy devota era indulgente. Tenia tres hijas, casi de mi edad, y muy alegres: la amistad que me manifestaron, me inclinó muy pronto á ellas, y mi mansion en casa de mi tia me pareció mas agradable de lo que habia pensado en un principio.

Por esa época recibí una carta de mi madre, que me colmó de gozo. Deseaba tenerme á su lado, y suplicaba á mi

padre me llevase á Madrid. Esta carta iba acompañada de su retrato. . . . . ¡Todavía le conservo, ese retrato; ahí está, sin ninguna alteracion, y tal, cual era entónces! Su espresion es siempre la de la felicidad; la vida que anima sus facciones, aquella fisonomía tan dulce, que parece querer comunicar á los demas el bien-estar de que gozaba; todo está ahí! ¡pero ella! . . . ya no ecsiste! Marchitada por el dolor, segada ántes de tiempo por su triste destino, ha desaparecido! . . . Ya nada queda de ella; y tantas perfecciones, tantas virtudes, han dejado menos señales sobre la tierra, que unos débiles colores sobre un pedazo de marfil! . . . . .

No habia perdido de vista el depósito que me confió la madre Santa Ines; de

dia le llevaba siempre conmigo; y de noche le colocaba bajo de mi almohada. Hubiera querido tomar algunos informes acerca del lugar en que residia su hermano; pero no me atrevia á nombrarle. Se queria á toda costa conocer la persona, que me habia ayudado en mi fuga. Las monjas daban la mayor importancia á este descubrimiento, pero todos sus medios de seduccion se habian frustrado. Mi corazon me servia de esperiencia. Esperaba pues una ocasion oportuna para cumplir aquella mision, que para mí era de un carácter sagrado.

Vivia en casa de mi tia una parienta vieja, que no habia querido nunca casarse. Dueña de un caudal considerable, habia preferido ser beata, á vivir

en el mundo. Esta era una criatura buena y amable que me habia cobrado mucha aficion. Mi huida del convento la habia escandalizado, y atribuyéndola á cierta tibieza en mis ideas religiosas, creyó que era un deber suyo avivarlas con sus consejos. No necesitaba de su influencia; yo amaba á Dios de todo corazon, aunque no diese como ella, tanto mérito á las prácticas esteriores de la religion. Yo apreciaba mas el fondo, no comprehendiendo todavía la importancia de la forma. Pero ella perdonaba esta disposicion atribuyéndola á la viveza de mi edad. Cuando me hacia la pintura de las penas del infierno, y creia infundirme miedo, le decia muy alegre.—„Mas me gusta Dios con su bondad, que con su rigor;

él sabe que yo soy débil, pero no mala; háblemele Vd. del Cielo, que lo entiendo mejor; porque cuando yo haya sido muy desgraciada en este mundo, me que dará el consuelo á lo ménos, de verme indemnizada en el otro."—Le tenia á los truenos un miedo escesivo; yo me reia de ellos; ella se incomodaba y esclamaba, sacrilegio; pero yo la abrazaba, y volvia á apaciguarse.

Camila, la mayor de mis primas, era bonita, viva, atolondrada, y aun algo coqueta. Rodeada de adoradores, se veia que no preferia á ninguno; ó, á lo ménos, que el que le interesaba, no era de aquel número. Su carácter festivo y maligno se egercitaba igualmente con todos ellos; mas no era difícil apercibirse de que no tenia designio de-

terminado en los medios de que se valia para agradarlos. Dormíamos en un mismo cuarto; esta circunstancia (de que ella hubiera querido privarse) nos tenia mas unidas.

Yo habia reparado que á ciertas horas del dia, se ponia ella con un libro, ó con su costura detras de una celosía que caia á la calle. Yo entraba muchas veces en nuestro cuarto, y la encontraba, ya con la costura sobre las rodillas, mirando para la calle, ya parada de puntillas, queriendo alcanzar á la parte mas elevada de la celosía. Nunca dejaba de ponerse colorada, y á menudo me encargaba de alguna comision.

Una vez, entre otras, que se valió de mi condescendencia, volví al cabo de

media hora, y la encontrécon el libro en la mano, donde mismo la habia dejado. Al darle cuenta, de lo que acababa de hacer, dí un salto y apoyándome en el espaldar de su silla, interrumpí mi relacion con una carcajada de risa.—„Camila," le dige, „si se juzga por el tiempo que empleas en tus lecturas, debes aprovecharte mucho..... Hay media hora que estás en la misma página!"

Si ella se hubiera reido como yo, con el candor de mi alma, en nada hubiera hallado malicia; pero se incomodó, y me dió a conocer mas de lo que yo pensaba.

Una muchacha siempre es curiosa. Yo no tenia sospechas del amor, pero sí tenia su instinto. Miré varias veces para la calle, y no tardé en descubrir

un jóven que se paseaba en ella con frecuencia.

Camila estuvo seria conmigo todo el resto del dia; yo me reia de eso. Por la noche á penas me habia quedado dormida, cuando me despertaron los sonidos de una música. Me gustaba esta con pasion, y este gusto se desarrolló tan temprano en mí, que muchas veces en mi niñez, se habian valido de ella para aquietarme ó reducirme. Yo escuché sin moverme: era una serenata, que el amante de por la mañana daba á Camila. Esta se levantó con precaucion, creyéndome dormida, abrió la celosía y se puso al balcon. La seguí paso á paso, y me escondí por tierra, en el angulo formado por el balcon y la pared. Por esta vez mi pobre primita,

estás cogida, y obligada á hacer confianza de mí, al ménos en parte! . . . . La orquesta se componia de dos guitarras, una flauta y un clarinete. Uno de los tocadores de guitarra cantaba con voz dulce, algunas de aquellas cancionces melancólicas que pintan perfectamente la índole del pais. Aquellos sonidos melodiosos que herian mis oidos en el silencio de la noche, y cuando acababa de despertarme, me arrebataban. Inmóvil y con los ojos cerrados, todas mis facultades se hallaban concentradas en esta única sensacion. Me creia en un sueño delicioso, y temia verle desvanecerse. Cesó la música y en el mismo instante vi, con la claridad de la luna, un papel en forma de carta, venir por el aire, y caer sobre mí. Mi

prima, muy agena de suponerme allí, volvió la cabeza, se dirigió á donde habia caido la carta, y creyéndo recogerla del suelo, la recibió de mis manos..... Se quedó turbada en estremo; pero no pronunciamos ni una palabra. Ella se volvió para adentro y yo tambien. Cuando estaba en la cama, alargué el brazo y presentándole la mano;—„Sin rencor, Camila," le dige, „buenas noches." El rencor y la avaricia no son defectos peculiares á la juventud. Ella me abrazó de buena gana, y nos dormimos.

XVI.

Fuimos en esa época á los baños de San Antonio, donde esperimenté un accidente, que estuvo á pique de serme funesto. Pasaba una parte del tiempo en el rio; tomaba tres baños al dia, acompañada de mis primas y de varias muchachas, amigas mias. Nadábamos, zabullíamas, y estos gustos se hacian mas picantes con los juegos de destreza y malicia, que nos inspiraba la viveza de nuestra edad. Una tarde era escesivo el calor, y aunque el sol se hubiese ya puesto, el color purpurino que habia dejado, parecia comunicar á la

tierra abrasada, una parte de sus emanaciones de fuego. Enjambres de cocuyos lucientes, elevándose repentinamente en el aire iluminaban en parte la atmósfera. El chillido monótono del grillo, y el zumbido de los insectos, se perdian á intérvalos entre el sonido lejano y acompasado de la campana de la villa que tocaba las oraciones. Sorprehendidas por la hora, salimos pronto del agua, y vestidas con mucha ligereza, el pelo suelto y mojado todavía, nos encaminamos alegremente para la casa. Yo iba delante de mis compañeras, y me hallé al cabo de algunos instantes, en medio de un vergel cubierto de árboles frutales. Pasando por el lado de un caimito, no pude resistir á la tentacion de trepar á él, para echar abajo

un gran número de caimitos y regalar con ellos á mis amigas. Me arrojo sobre el árbol, y agarrándome de rama en rama, estaba ya en punto de alcanzar sus frutas, cuando sentí una impresion de frio, y una ligera cosquilla en una pierna. No llevaba medias: creí al primer momento que era calambre; pero una opresion súbita me obligó á llevar la mano para ella, y cogí la cabeza de una serpiente..... Dí un grito agudo; mis brazos se soltaron, el cuerpo se me fué hácia atras, y caí sin sentido. . . . No tardaron mis amigas en llegar; pero ya era de noche y pasaron por mi lado sin verme. Hubiera permanecido largo tiempo en aquel estado, á no ser por el instinto de mi negra Dolores, que habiendo reparado por el

camino en uno de mis zapatos, me siguió por las huellas, y me encontró al pié del caimito acardenalada y casi inanimada..... Me creyó muerta. Sobrecogida de espanto, me cargó y gritando y sollozando, me llevó hasta la orilla del rio: allí despues de haberme mojado las sienes, me volvió a la vida á fuerza de cuidados y caricias. La serpiente no me habia mordido, y seguramente se desprendió de mi pierna con la sacudida repentina de mi caida.

XVII.

Por el mes de Noviembre fuimos á establecernos al campo; la finca de mi tia no estaba distante de la de Mamita, y sus tierras lindaban con las de mi padre: así es que me hallaba cercana á todo lo que amaba. Sin embargo por una singularidad que me cuesta mucho trabajo comprehender, no se me permitia ver á Mamita. Despues de mi huida del convento, se me habia impuesto esta privacion, como por castigo. Esta sugecion me era insufrible, particularmente despues que la vecindad de Mamita hacia mas fuerte la tentacion.

Así, mi tia, que conocia mi carácter independiente y temia, quizas, que yo me escapase, dispuso que en mis paseos, fuese siempre acompañada por el capellan de la casa.

Fray Mateo era un fraile alto y muy grueso, que caminaba con bastante trabajo, principalmente despues de comer. Este estraño compañero me molestaba mucho en mis paseos, y á veces me veia obligada á detenerme, para ayudarle á salir de los malos pasos en que le metia, sin conocerlo él. Siempre me dejaba la eleccion de los paseos con tal que no fuesen largos. Uno solo se me habia prohibido hasta entónces; y era el camino que conducia á casa de Mamita. La fruta vedada tiene mucho atractivo: seguramente, yo deseaba con

anhelo ver á Mamita; y es muy probable, que la idea de ir á su casa se hubiese presentado con ménos frecuencia y ménos placer en mi imaginacion, sin la vigilancia que se me habia impuesto.

Comíamos á las tres, y no era posible salir de casa, sino cuando el ardor sofocante del sol comenzaba á calmarse. Un dia, despues de comer dormia la siesta Fray Mateo, recostado en su butaca, y yo cosia, sentada junto á una ventana, enfrente de él. Dando algunas puntadas al acaso, observé desde luego su sueño, sin atreverme á interrumpirle; pero cuando juzgué que ya habia dormido lo bastante para despertarse de buen humor, me puse á cantar con voz suave, una cancion del

pais, que á él le gustaba de preferencia, y que con frecuencia me hacia repetir en nuestros paseos. A cada copla miraba para Fray Mateo, que despertaba por grados; abrió los ojos, tosió suavemente, mudó de postura y con el oido atento escuchó mi cancion hasta el fin. Considerándole bien dispuesto: „Fray Mateo," le dige, „el tiempo está hermoso, la brisa fresca y yo quiero pasearme." „Pero no léjos."—Esta era siempre su primera condicion. „No léjos, no; vamos hasta el arroyo de los plátanos.—Hum!—No pasarémos de allí."—Hizo algunas observaciones, yo insistí. „Estoy pronto me dijo al fin, pero no saldrémos hasta que yo haya rezado las vísperas. Entónces será demasiado tarde; venga, venga Vd. conmigo, tome

su breviario y las rezarémos entre los dos; aquí las recitará Vd. en voz baja, y en el campo las cantarémos juntos."— Fray Mateo no respondió; tomó su breviario bajo el brazo y nos encaminamos para el arroyo de los plátanos. Pero el arroyo de los plátanos atravesaba el camino, que conducia á la habitacion de Mamita; las volantes le pasaban á vado, y los de á pié por una tabla. De allí á casa de Mamita habia cerca de media legua, y parte del camino pasaba por las tierras de mi padre. Fray Mateo con el breviario abierto, apoyado en el pecho, la nariz muy sacada, guarnecida con un par de espejuelos, y caminando con paso grave, cantaba las vísperas con una voz vigorosa, y un tono nasal. Yo iba algunos

pasos adelantada, y muy pronto llegué al arroyo. Hasta entónces no tenia yo ningun proyecto formado; pero estaba cierta de que iba á casa de Mamita. Y como? yo no lo sabia. A orillas del arroyo vuelvo la cabeza, y ya Fray Mateo estaba muy cerca de mí; pero tan embebecido en sus oraciones, que no echó de ver que habiamos llegado al término convenido. Una idea me hirió como un rayo, y al punto la seguí. Despues de atravesar de un salto la tabla, la empugé con el pié, y eché á correr como una corza. A penas hube corrido un poco, creyéndome fuera del alcance de Fray Mateo, no pude resistir á la tentacion de mirar para atras. Fray Mateo encolerizado, despues de haber arrojado al suelo su

breviario y sus espejuelos, con los brazos en cruz gritaba con mas fuerza que cuando rezaba las vísperas. La tabla seguia velozmente la corriente, y yo, guiada por mi idea, corria siempre aunque con paso mas mesurado. Viéndome en tierras de mi padre vacilé un momento; hubiera querido verle; pero, no estando cierta de que estuviese en su casa, continué mi camino, cuando de golpe oí ayes y gemidos. Atónita me detuve, miré á todos lados y nada vi; sin embargo, las quejas se oian siempre, y yo, dividida entre el temor y la compasion, me quedé inmóvil en medio del camino.

Se descubrian á la izquierda unos espesos matorrales cubiertos de pitahayas en flor y de aromáticos que embalsa-

maban el aire; á la derecha, cañaverales que se perdian de vista cortados por estrechos senderos, y algunos bohíos esparcidos acá y allá. Estos bohíos estan rodeados de un corto cercado,* que el dueño concede á cada esclavo, y que este divide en dos porciones; la una forma su huerta, en donde cultiva muchas legumbres comunes, como el ñame, la yuca, &c.; la otra detrás del bohío está destinada á enterrar á los individuos de la familia del negro, y se llama la *tierra bendita.* En este terreno no se nota mas que una palma á la cabeza de cada fosa, en la cual se grava toscamente el nombre del difunto; ni mas planta, ni mas flor, y

* Conuco, término provincial.

la yerba que crece naturalmente, se corta en épocas determinadas, y se quema con un respeto religioso. Los esclavos casi nunca cultivan las flores: todo lo que es placer en la vida, se halla tan léjos de su alcance, y aun de sus deseos! Esta idea me chocó desde la niñez, y despues he pensado siempre que para cultivar las flores en cualquiera posicion de la vida que nos encontremos, es necesario tener dentro de sí mismo una puntita de felicidad. Las flores son el lujo de los pobres; así es que yo no las he visto jamás entre las personas desvalidas, sin un cierto placer: el modesto pote de albahaca que adorna á veces la ventana de un quinto piso, me causa una sensacion singular; me parece que me identifico

con su propietaro; penetro hasta en lo interior de sus afectos, y me digo: á pesar de su pobreza, todavía esta en posesion de un goce, no es enteramente desdichado! . . . . . Pero volvamos al camino en donde me habia quedado inmóvil y entregada á mis observaciones. Al cabo de algunos instantes creí conocer que la voz que heria mis oidos salia de un bohío, que se descubría á poca distancia. Me dirigí prontamente á la cerca, que orillaba el camino, y vi, apoyada en una palma nueva, á una negra que lloraba á lágrima viva y repetia gritando: Alkana-á! Alkana-á!* Al ruido que yo hice para apartar la cerca, alzó los ojos para verme, y arrojando

* *Hijo mio*, en lengua carabalí.

un grito, cayó sobre la tierra recien movida..... Se levantó al punto una polvareda, que cayendo nuevamente sobre ella, la ocultó en parte á mi vista. Este espectáculo, estando aun muy agitada con la osadía de mi travesura, me causó el mayor terror: sola, en medio del campo, y todavía muy distante de cualquiera habitacion, qué haria? Pensaba que la negra estaba muerta; ¿y si no lo estaba? Tomé el partido mas pronto, salté por cima la cerca; pero yo no habia calculado mas que la distancia, y no los inconvenientes de la escalada. Las cercas, en aquel pais, están formadas con tunas y piñones; yo tenia por toda defensa un vestido de muselina, que me dejaba descubierto el pecho y los brazos, no llevaba medias

ni zapatos, los habia perdido en el camino, segun costumbre en mí. No tardé en sentir unos vivos dolores, pero me acuerdo muy bien, de que no tuve, ni por un instante, la idea de retroceder; cubierta de mil picadas, pude al fin pasar la cerca. En el primer momento no me atreví á aprocsimarme á la negra, y dando algunos pasos hácia el frente del bohío, me puse á gritar con todas mis fuerzas; pero nadie respondia en mi angustia; los negros no habian vuelto del trabajo, y el silencio del campo no se interrumpia sino por el mugido de las boyadas que pasaban á lo léjos. Entónces, apesar de mi repugnancia, ó mejor dicho, de mi miedo, me llegué á la desventurada negra, procuré levantarla, y reconocí ser nuestra escla-

va Cangis. . . . . El nuevo interés que me inspiró, vino á aumentar mi ánimo; corri al bohío, no encontré agua en él; pero sí un güiro lleno de Zambumbia: le regué con ella la cara y me apercibí de que todavía respiraba: ella volvió en sí con lentitud, y cuando le pregunté repetidas veces la causa de su aflicción, su respuesta única era Alkana-á, Alkana-á; y cogiendo con sus manos de la tierra sobre que estaba acostada, la llevaba á su boca con una espresion apasionada y unos gestos de desesperacion. Ella hablaba el español bastante bien; pero no pronunció una palabra en este idioma. Parece que en los grandes pesares ocurrimos á nuestra lengua nativa, á la manera que nos refugiamos en el pecho de un amigo.

Creí por algunos instantes loca á mi negra; mas no tardé en comprehender la causa de su abatimiento: habia perdido á su hijo, y se quedaba sola y esclava.

Al cabo de rato oí el ruido de un carruage; era la volante de mi tia, que corria á buscarme en casa de Mamita. Ya era muy tarde para continuar á pié mi camino; hice parar la volante, y que me condugese á la habitacion de mi tia.

Inquieta la familia, me esperaba reunida en una galería que daba sobre el camino. No tardé en verlos á todos, y asustadísima con la recepcion solemne que me esperaba, me aproveché de un momento en que la volante pasaba por un bosquecillo de plátanos, salté fuera de ella, y me oculté entre las anchas

hojas del platanal, miéntras el negro Tadeo, creyendo conducirme siempre, continuaba tranquilamente su camino, al trote suave de su mula.

Llega la volante, vienen á mi encuentro .... grande alboroto ..... nadie en la volante..... Tadeo asegura que estoy en ella, lo disputa, se impacienta, se apea de su mula, y viene en persona. .... Mas, se queda confuso junto al estribo, y sin poder responder á las diversas preguntas que le hacen. Nadie sabe que pensar, que hacer; todo el mundo habla á un tiempo; cada uno da su opinion, nadie la sigue.

La confusion estaba en su colmo y la bulla continuaba, miéntras yo, despues de haberme introducido en la casa,

sin ser vista, por una puerta trasera, me acosté sin ruido en mi cama.

Ya empezaba á disgustarme de mi calaverada, y á sentir la inquietud de que era causa; con todo eso, cuanto mas temia haber llevado tan adelante mis travesuras, tanto ménos me atrevia á hacer frente á las reconvenciones. Al cabo de algunos instantes sentí gente en mi cuarto, y oí una voz lastimera que decia: „¡Jesus Maria! que será de ella!" Era Dolores. No pude resistir á su pena, y sacando la cabeza fuera de la cama, le dige en voz baja; „No tengas cuidado, aquí estoy; vé á decirlo allá abajo; pero no deges subir á nadie."

Al dia siguiente todo estaba mas sereno; ofrecí no volverme ausentar sin

permiso; pero á condicion que no volvieran á ponerme bajo la vigilancia de Fray Mateo. Cumplí mi palabra.

XVIII.

Regresamos á la ciudad; mi padre iba á verme con frecuencia, y yo observaba que mi presencia y mis caricias se le hacian cada dia mas necesarias. El rigor que habia usado conmigo no dimanaba de él; era incompatible con su carácter. Mi edad me aprocsimaba tanto á la suya, que muchas veces se le hacia difícil, estando en mi compañia, desempeñar el papel que se proponia representar. Habia reconocido el yerro que le obligaron á cometer, y descubrió al fin, las intenciones que movian el zelo de mi abuela. Pero mi padre no

podia confesar su injusticia delante de mí, y si yo adivinaba sus pensamientos, era por el aumento de cariño y los estremos que veia en él. Se resolvió, por último, á llevarme para el lado de mi madre; pero habiéndose retardado el viage algunos meses, me condujo á su casa, ínterin llegaba aquel momento.

Ya me tienes de nuevo en casa de mi padre; me volví á ver en ella mas dueña de mi misma que nunca. El primer uso que hice de mi libertad fué visitar á Mamita, y todo el tiempo que estuve en la Habana, no degé de verla un solo dia. Pasaba la vida dulcemente, pero en una ociosidad completa. Me hallaba sin guia y rodeada siempre de una numerosa sociedad. No aprendia nada, y á penas sabia escribir. No

se me imponian ningunos que-haceres, ninguna ocupacion. El tiempo le empleaba como mas le acomodaba á mi voluntad. Esta ociosidad hubiera podido serme funesta; pero la actividad de mi imaginacion, en vez de aumentar el peligro, le alejó, apoderándose de mi inclinacion natural á la observacion.

No era aplicada al estudio, y nadie se habia dedicado á inspirarme su gusto. Pero tenia ambicion de aprender, y á falta de una instruccion teórica, miraba todo lo que tenia en derredor. Un filósofo hubiera dicho en mi lugar: *el mejor libro es el estudio del mundo.* Yo no lo decia, ni aun lo sospechaba; pero practicaba esta mácsima sin pensarlo. Me detenia en todo, porque en todo hallaba interés; y desde la natu-

raleza, aquella naturaleza vírgen, que me vió nacer, hasta las estravagancias y ridículos de los que me rodeaban, de todo sacaba provecho.

El resultado de mis observaciones, ó mejor dicho, de mis descubrimientos era con frecuencia ecsacto, algunas veces maligno, y siempre ecsento de aquel resto de amargura que comunmente es una consecuencia de los engaños y de la injusticia de los hombres. Mi modo de apreciar los obgetos podia resentirse de mi falta de esperiencia; pero mi juicio estaba libre de toda especie de influjo y de violencia; no se habia guiado por el dechado de opiniones agenas, ni se habia formado con la lectura; así es que adquirí un modo de juzgar á los hombres y á las cosas, que

me era enteramente peculiar, y que habrá grangeado á menudo un colorido de originalidad. Y cuando despues he hallado en el mundo personas, cuyo voto me ha lisongeado, he sentido mucha satisfaccion, pero no vanidad. Encontraba en su aprobacion la confirmacion de haber adivinado con precision, y en esto hay mucho mas provecho que mérito.

XIX.

La actividad y los goces de la vida no comienzan en la Habana, sino al acercarse la noche. El peso del sol, durante el dia, los tiene á todos envueltos en una dulce languidez; y no se ha verificado, á lo ménos que yo sepa, que un habanero haya dado veinte pasos en la calle á medio dia. Para preservarse del escesivo calor, en lugar de cerrar hermeticamente las puertas y ventanas, como se hace en el sur de Europa, se abren todas las entradas, proporcionándose de este modo la mas suave corriente de aire. Las casas estan cons-

truidas á este intento: no tienen mas que un piso: el patio es cuadrado y espacioso, rodeado por cuatro galerías, en las cuales se dejan caer unas cortinas de lienzo, en medio del dia. A estas galerías tienen salida unos salones inmensos y muy elevados, seguidos unos á otros, y cuyas puertas grandes, trazadas en linea recta, dejan penetrar la vista desde uno á otro estremo de la casa. Los cuartos de dormir son tan vastos como los salones; en el mismo órden y no se distinguen, por la mayor parte de aquellos, sino es en el ornato de una cama, ricamente colgada, y de la cual se sirven rara vez. Este es un mueble de respeto, reservado para las grandes ocasiones. Por las noches se tiende en medio del cuarto una modesta

cama, ó catre de lienzo, sin colchones, y suavemente acostados en ellas, cubiertos con mucha ligereza, se duermen con las ventanas abiertas, á la claridad de la luna, ó de las estrellas.

A'ntes de entregarse á este descanso se goza anticipadamente de él, de un modo original, y que merece referirse. Cada pais tiene sus gustos y sus necesidades. Los unos son amantes de la música, otros de los licores fuertes. Aquellos se hallan bien en la esclavitud, estos con la libertad. En cuanto á nosotros, el aire es lo que ansiamos, y este gusto aunque muy simple no siempre es fácil de satisfacer: Por eso es que le acompañamos de una especie de delicadeza voluptuosa.

Despues de una cena muy alegre, se

sube á la *volante*, y despues de haberse colocado en ella con toda comodidad, se hacen conducir al paseo, que consiste en describir cierta vuelta por calles determinadas, que se repite muchas veces, y mientras tanto, se duerme tranquilamente, respirando con deleite el aire delicioso de la noche, de que solo se goza en aquel país. Al fin se despiertan por una casualidad, y volviéndose á sus casas, se meten en sus camas muchas veces en el corto intérvalo de un sueño á otro. En seguida de estos paseos, he pasado yo unos momentos muy agradables. No hallándome dispuesta á dormir, cuando volvia de ellos, despedia á mi criada, y despues de haber apagado la luz, me ponia al balcon. La parte que yo habitaba en la casa

caia al mar. El terreno que la separaba de él, formaba un declive suave y recibia en tiempos señalados el choque de masas enormes de agua, que viniendo á romperse en él, ya con furor, ya con un mugido prolongado me sumergian en aquella vaga meditacion, cuyo encanto es producido por no sé que mezcla de tristeza y espansion; mezcla feliz que confundiendo los dos grandes resortes del alma, la pena y el placer, embota sus tiros y los pone mas en armonía con nuestra flaqueza. Atraida por aquel hechizo irresistible permanecia horas enteras en el balcon, con el silencio de la noche, contemplando aquel vasto elemento, ménos vasto todavía, que mis ilusiones y mis esperanzas! Recuerdo feliz de mis pri-

meros placeres! despues los he gozado mas vivos, pero nunca tan dulces. Mi alma se lanzaba entónces en busca de vida sin temor ni desconfianza. No me podia esplicar lo que esperimentaba, pero sentia mi ecsistencia, y era dichosa en vivir. Empero, con estas impresiones de felicidad, se mezclaba muchas veces un cierto movimiento de temor inesplicable, que podria compararse con aquellos puntos negros en un cielo puro, que aunque invisibles en un principio presagian muy cerca la tempestad.

XX.

Habíase criado mi padre bajo la influencia de las ideas aristocráticas, y llevaba á un grado caballeresco el sentimiento de los deberes que impone un nacimiento ilustre; pero su buen sentido le preservaba de toda necedad, y su alma era muy elevada para hacer sentir, á quien quiera que fuese, el peso de su orgullo de noble. Sometiéndose á las ideas que habia adoptado, obraba como hombre generoso, que conoce mucho mejor sus deberes, que sus derechos.

En su cuarto de despacho tenia un

árbol genealógico, que se complacia en enseñarme en mi infancia. Me parece todavía verle sentado, cerca de una gran mesa con una enorme cafetera á un lado (á todas horas tomaba café,) y del otro muchas monedas mezcladas sin órden, que distribuia como gragea, y que jamas contaba; muchos papeles esparcidos aquí y allí, el árbol genealógico enfrente, y yo sobre sus rodillas, oyéndole y encontrando en mi entendimiento infantil tanta dificultad en comprehender aquella casualidad, que me elevaba de aquel modo al nacer, cuanta repugnancia habia tenido en concebir la idea de la esclavitud.

Mi padre hacia tan buen uso de su caudal, que nadie se le echaba en cara. Daba mucho á los pobres, festejaba á

los ricos, y todo esto con tanta sencillez y generosidad, que todos quedaban contentos, así el ingrato, como el orgulloso; dispensando al uno del agradecimiento, y dejando creer al otro, que lo que recibia, se le debia. Este carácter le ponia á cubierto de la envidia y de la malevolencia; con todo eso se atraia por su facilidad mas que otro, aquel cerco de corazones tibios, que se llaman amigos, verdadero séquito de la prosperidad.

Aunque bien jóven, sabia yo apreciarlos en su valor, y con frecuencia, cuando en medio de una comida delicada, gustando alternativamente de licores esquisítos alababan al mismo tiempo la escelencia de los vinos y el mérito de mi padre, no se sospechaban

de que una niña los observase y se digese interiormente: „Mañana, con la cabeza reposada, y léjos de aquí, juzgarán á mi padre con mas severidad." No creo, sin embargo, que sus elogios estuviesen desprovistos siempre de buena fé porque he observado despues, que cuando los hombres se reunen con el obgeto de los placeres, su primer movimiento es siempre bueno; este es un momento de felicidad, y la felicidad los hace mejores de lo que son. La esperanza del goce, y el mismo goce, dilatan el alma, y escitan un sentimiento inmediato de gratitud hácia el que nos le proporciona. Esta disposicion se comunica como una chispa eléctrica, y, lo que sucede por rareza,

cuando solo queda su memoria, somos dichosos entónces en practicar la benevolencia prodigando los elogios.

XXI.

El momento de emprender nuestro viage se acercaba ya; la idea de separarme de los obgetos de mis primeros afectos, me entristecia; pero me hallaba en aquella edad en que el deseo de nuevas emociones es mas poderoso que el imperio de los hábitos; en que la vida, como un carro en un declive rápido, es arrastrada por su misma fuerza hácia un punto desconocido. ¡Dichoso aquel que va muy léjos ántes que los resortes gastados de su alma, le obliguen á detener su carrera! Mas dichoso todavía, aquel que pudiendo

moderar el paso, llega tranquilamente al término sin haber sido derribado ni maltratado!

A' medida que se aprocsimaba el momento de partir, se apoderaba de mi imaginacion la idea de mi madre: siempre tenia fijos los ojos en su retrato; creia verla; no me faltaba mas que el sonido de su voz. Madre mia! ..... repetia yo de quedito. Cuan dulce me parecia este nombre! Cuantas sensaciones nuevas me hacia esperimentar! Seria necesario para comprehenderlas, haberse visto privada como yo de ese sentimiento, que nada puede reemplazar en la niñez y haberle gozado por primera vez en la edad en que comienza á sentirse la necesidad de amar. A' mi ternura filial no habia precedido aquella

dulce graduacion del instinto y de la necesidad, y tomó desde luego un carácter mas pronunciado. Despues de adquirir la certeza de aprocsimarme á ella, me ocupaba sin cesar de ella. Mi padre me queria; yo era feliz junto á él; pero me parecia que mi lugar debia ser al lado de mi madre.

Debiamos aprovecharnos para nuestra marcha de una escuadra de ocho navíos de línea, que iban á partir para Cadiz. El almirante que la mandaba era amigo de mi padre, y se alegraba mucho de conducirnos. Muchas veces me complacia en admirar desde mi balcon aquella armada naval que se ostentaba á mi vísta, y que á la primera señal debia llevarme tan léjos. La veo todavia ocupando el centro de la

bahía, circundada de una infinidad de buques de diferentes pabellones de todas naciones. Un enjambre de barcas pescadoras se deslizaban rápidamente allá y acá, se perdian de vista y volvian á aparecer. La mar brillante con el resplandor del dia, no se veia agitada sino con un suave movimiento, que podria haberse tomado como una señal de placer, y que devolvia al sol escintilando, las partículas de luz, que él le lanzaba. Volviendo la vista á la derecha se encuentran avanzando magestuosamente, los árboles gigantescos de todas formas y de todos colores del jardin público. Debajo de mis ventanas percibo aquella arena fina y reluciente cubierta de mil conchitas, que la marea deposita diariamente en ella.

Mas lejos, la inmensidad del cielo y del mar se confundian juntas en mis miradas..... Cuando recuerdo todo esto, imagino respirar aún, aquel aire suave de mi país, cuyo dulce calor se apodera de mí, me penetra, y escita una deliciosa mezcla de vigor y languidez..... Poder de la imaginacion! dulce magia! yo te doy las gracias. Si en tu rigor semejante á un aguijon emponzoñado, has irritado las penas de mi vida, en tus momentos de munificencia, mas breves, es verdad, me lo has recompensado con largueza.

XXII.

A'ntes de partir habia manifestado á mi padre deseos de reconciliarme con mi tia, la monja. Yo no la queria mucho, pero ella me habia prodigado sus cuidados, y sentia en el fondo de mi corazon lo que le debia. Tal vez me impelia ir al convento el deseo de volver á ver á mi amiga. Vana esperanza, fuí recibida por mis tias y algunas novicias; mas ella no pareció, ni se pronunció su nombre. Me acompañaba siempre el temor de que ella no tuviese bastante confianza en mi juventud. Yo ansiaba por participarle mi

marcha, y prometerle de nuevo el cumplimiento de su voluntad; pero reprimí este deseo por miedo de perjudicarla, y dejé á Dios el cuidado de consolarla, con alguna vislumbre de esperanza, inspirándole confianza en mi amistad. Esperimenté entónces, lo que muchas veces he sentido despues en el curso de mi vida; la necesidad interior de establecer un lazo invisible, capaz de comunicar con su pureza natural, mis sentimientos y mis intenciones. Esta necesidad es tanto mas viva en mí, que cuando mi alma está afectada por un sentimiento bueno en favor de otro, le recibo con una especie de regocijo que le aumenta mas todavia, y me hace transmitirle. Esta disposicion depende en mí, del mérito, ecsagerado á veces,

que doy á la benevolencia y al afecto de los demás, y jamas he concebido un bien mas apetecible, que la conviccion íntima de ser amada. Queria, cuando saliera de la Habana, no dejar á nadie descontento de mí, y miéntras mi padre se ocupaba de los preparativos del viage, yo arreglaba los negocios de mi corazon. No tenia otras deudas que pagar mas que las de la gratitud. Omito estos pormenores, Leonor mia; solo hablaré del último. El recuerdo de nuestros pasados placeres no escita en nuestra alma sino pesares; el de las penas los renueva; sucede á veces que nuestros goces y nuestros dolores, mudando de naturaleza en el intérvalo de su duracion, no se representan despues en la imaginacion, sino como unos cua-

dros antiguos medio borrados y alterados por el tiempo; pero cuando la memoria nos transporta hácia el poco bien que hemos hecho, volvemos á encontrar la sensacion dulce, viva, y en un todo como fué ántes. Se diria que siendo mas pura la fuente, recibe un rayo divino que le impide alterarse.

Mi nodriza era una arrogante negra, cuya alma mas bella que su color, era susceptible de sentimientos nobles. Esta muger me tenia una aficion muy tierna. Cuando me despechó, se le dió la libertad, segun costumbre del país; pero ella la rehusó, prefiriendo al primero de los bienes, la esclavitud que la ligaba á la casa de mi padre y á mí. Partiendo para Madrid era forzoso separarnos á causa de sus hijos, que era preciso lle-

var, ó abandonar. Su abatimiento me afligia; y sentada muchas veces en sus rodillas, lloraba, queriendo consolarla. En fin, no sin trabajo conseguí de ella, que consintiese en recibir su libertad. Pero sus hijos se quedaban esclavos y ella no poseia nada sobre la tierra. Pensé que el presente que iba á recibir, mas seria una carga que un beneficio. La pobre muger, á penas se ocupaba de esto, y se limitaba á repitir en su afliccion: „*Vd. irse y yo quedarme!*" Un dia que ella componia mis baules, contemplaba yo el esmero con que preparaba todo lo que podia serme necesario. Parecia que ella queria agotar su tierna solicitud en el último servicio que me hacia: colocando los obgetos destinados á mi uso, los doblaba, tocando y apar-

tando con sus manos, con una especie de gozo, todo aquello que debia servirme, como si hubiera querido imprimirles su memoria. Se podria decir que hallaba un consuelo en prolongar un trabajo, que me la hacia útil por mas largo tiempo. Una idea me asaltó al golpe. . . . . Es tan escelente que salto alborozada, y dando botes entre todos aquellos paquetes, corro al cuarto de mi padre, me siento en sus rodillas, y echándole un brazo al cuello; „Papá," le dige, „tengo que pedirle á Vd. una gracia. Vd. le da la libertad á Mama Dolores; se le debe de justicia, porque me ha criado; pero sus hijos se quedan esclavos . . . ., regálemelos Vd.—Muy bien, „me dijo mi padre:" ¿pero que vas á hacer con ellos?—Dársela tambien.—

Y que será de ellos?—Señáleme Vd. algunas caballerías de tierra, fiemelas Vd. y los haré felices ántes de partir." Abrazé á mi padre, y logré de él todo lo que deseaba.

A los ocho dias se hallaba construido un bohío espacioso y cómodo, contígüo á cuatro caballerías de tierra buena, sembrada ya de tabaco. Yo habia empleado en estos trabajos una parte de los negros de nuestra finca. Ayudada por Mamita, compuse un ajuar de casa completo, sin que faltase ninguna menudencia. Mi pobre nodriza no tenia ni sospechas de la dicha que le aguardaba. Cuando todo estuvo concluido, dige á Dolores que íbamos á pasar dos dias al campo, y que me llevaria á sus

hijos. Mi padre quiso gozar de aquella escena.

Partimos; mi corazon rebosaba de júbilo. La emocion que esperimenté por el camino, estuvo á pique de descubrirme á cada instante. Por último, llegamos..... Paso en silencio la admiracion y la alegria de mi nodriza, pero le aguardaba el mas hermoso presente para el fin. Despues de habérselo enseñado todo; „Mama Dolores," le dige, „ya estas muy contenta! pues todavía tengo otra cosa mejor que darte. . . .—Yo no querer nada mas; yo ser demasiado dichosa para quedar sola!" y sus lágrimas corrian.—„Ven, ven;" llevándola para donde estaban sus hijos, y llamándolos hácia ella; „Toma," le dige, „son mios, yo te los doy....."

Me habia reido hasta entónces de su sorpresa y de sus esclamaciones; pero en aquel instante me puse á llorar á lágrima viva, y mi padre tuvo algun trabajo en tranquilizarme. Al ver los transportes de mi pobre nodriza, se hubiera creido que habia perdido el juicio. Cuando la educacion no ha enseñado á reprimir ó moderar los signos esteriores de las impresiones del alma, estas se manifiestan por medio de unas esclamaciones tan estrepitosas y ecsageradas, que á menudo podrian causar engaños; tomarse el placer por pena, y la pena por placer. Aquella pobre Dolores abrazaba alternativamente á sus hijos y los levantaba en el aire, llorando y riendo á un tiempo. Empero, su felicidad no era completa, y á cada

rato, en su delirio, me miraba y repetia..... „*Pero Vd. irse y yo quedarme!*"

XXIII.

Llegó el dia de mi partida. Me despedí de Mamita la víspera por la noche, y esta la pasé en llanto. Al dia siguiente con el mas hermoso tiempo del mundo, nos embarcamos en una falúa, acompañados del general y de algunos amigos. Nos dirigimos al navio de la insignia, que ya estaba en alta mar, y fuimos saludados en nuestro tránsito con salvas de artillería, que partian alternativamente de cada uno de los navíos que dejábamos por detras.

Impelida nuestra barca suavemente por una brisa ligera, hendia las olas,

todavía agitadas por la marea. El ruido del cañon, las voces de los marineros, el movimiento variado de las velas y aparejos, me hubiera presentado por su novedad, una agradable distraccion, á no ser por la profunda tristeza que se habia apoderado de mí.

Alejándome de mi pais, dejaba todo lo que me habia amado, todo lo que yo habia amado hasta entónces, y sentia ya en aquella edad en que los hábitos tienen tan pequeñas raices, cuan doloroso es para el alma el paso que separa las afecciones pasadas de las nuevas. Es verdad que yo amaba todavía á los parientes y amigos de quienes me alejaba; pero mi corazon me decia que la inmensa distancia que iba á separarnos, debilitando nuestras relaciones, solo me

dejaba de ellos la memoria y el agradecimiento, y que mi felicidad iba á depender en lo adelante de un nuevo séquito, que me juzgaria con la severidad de la indiferencia, y cuyo afecto no me grangearia, sino en cuanto poseyera el don de agradarle.

Nos pusimos al costado del navío de la insignia: nos arrojaron un cable y tocamos al buque. Se me propuso para subir la escala ó la silla: yo preferí esta última, aunque mas terrible, porque hallaba una especie de gusto en fiar á otro el cuidado de mi ecsistencia.

Nunca he sido pusilánime; pero poseo en grado eminente aquel instinto mugeril que me induce á desconfiar de mí misma, y á confiar de los demas. Siento en mi debilidad que he nacido

para ser protegida. Nunca me han espantado los peligros, de cualquiera naturaleza que sean, cuando he hallado una mano benéfica que me sostenga, ó la voz de un amigo que me consuele. Dimos la vela en medio de un alboroto terrible de aclamaciones, cantos, músicas de viento y cañonazos. Se diria, que al momento de emprender unos viages tan largos y siempre peligrosos, los marineros así como los soldados, ántes de principiar una batalla, procuran aturdirse, embriagándose con ruido. En cuanto á mí, aunque novicia para el peligro, nada me intimidó, y me embarqué lo mismo qui si hubiera entrado en volante. Apoyada en la balaustrada de popa, fijos los ojos en la ciudad, la vi alejarse, obscurecerse, y últimamente

desaparecer . . . . . ! Ya entónces no descubrí en derredor mio, sino la inmensidad del mar y del cielo. No tenia miedo, pero recapacitando en mí misma, me sobrecogió el sentimiento de mi debilidad y empecé á llorar; se me prodigaron los mas tiernos cuidados, y volví á encontrar mi acostumbrada serenidad.

XXIV.

Mi padre llevaba á bordo para su servicio un ayuda de cámara francés, un negro, que era un coloso de seis pies, su muger destinada á servirme, y dos chinos jóvenes para subir detras del coche.

Pasé los primeros dias padeciendo mucho por el mareo, y en todo este tiempo fuí el objeto de las mas delicadas atenciones de parte del almirante. Las personas que le rodeaban, se empeñaban en seguir su egemplo, empleando todos los medios posibles para tributarme obsequios y para distraerme; me

veia otra vez destinada á ser consentida.

Al cabo de algunos dias me hallé mejor; sin embargo, me fastidiaba mucho. El estado mayor del almirante se componia de muy buenos sugetos, y aun se hallaban en él muchos jóvenes que yo conocia; pero me aproveché poco de su sociedad, no porque yo estuviese mortificada, ni intimidada por ellos, tenia mucha inocencia y libertad para eso; sino que aunque privada de los consejos de una madre, un instinto natural me inspiraba aquella reserva, cuya razon no conocia. Por otra parte, mi padre no se apartaba de mí casi nunca, y me cuidaba con el mayor estremo. Se juzgará de esto por la anedocta siguiente, que yo no comprehendí

enteramente entónces, y que despues me ha hecho reir varias veces.

El segundo comandante del navío, jóven, amable y melancólico, era instruido y hablaba bien. Me quejaba un dia de haber agotado mi corta librería, y manifesté deseos de continuar el estudio de la lengua francesa, que ya empezaba á leer regularmente. El capitan Garcia me ofreció las tragedias de Racine, único libro francés que tuviese á bordo, y me propuso acompañarme á leerlas y traducirlas. Lo acepté gustosa. Tenia tan pocas ocupaciones, que dediqué á esta la mayor parte del tiempo para desterrar el fastidio. Yo daba mis lecciones en la galería de popa, lugar de reunion general, y nunca á solas. Tanto en las lec-

ciones, como en cualquiera otra parte, las miradas del capitan me turbaban, pues que él no fijaba los ojos en mí como otro. Yo no sé que arte se daba, pero él llegó á hacerme creer, sin decírmelo, que tanto de léjos como de cerca, no pensaba mas que en mí, ni se ocupaba sino de mí. Yo no le amaba, pero le agradecia sus atenciones. Me hacia traducir un dia algunos pasages de *Andrómaca*. Estábamos en el lance en que Hermione da órden á Oréstes de matar á Pirro, cuando me dijo en voz baja, temiendo que la oyesen; „¿Concibe Vd. un sentimiento tan poderoso, que pueda arrastrar á un crímen semejante?—No lo sé; pero me parece que sin concebirle, le temo tanto como la fiebre, ó la locura. . . .—¿Pero no se

conmoveria Vd. por haber inspirado un afecto tan vivo aunque sin ponerle á una prueba igual? . . . ."—Yo guardé silencio, y me salieron los colores á la cara, no porque entendiese la malicia de sus preguntas, sino porque un movimiento interior me advirtió de que eran intempestivas. Mi padre nos observaba, y luego que me acerqué á él, me preguntó el obgeto de la conversacion que habia interrumpido nuestra lectura. Yo se le referí con sinceridad, y no se volvió á hablar mas de eso.

A' la noche siguiente me despertó un ruido estraño. Puse atencion y conocí por el período regular y monotono del sonido, que alguno roncaba cerca de mí. Tenia luz: mi puerta no cerraba muy bien; me acerqué á ella, y ví á

Felipe, nuestro negro atleta, que dormia atravesado delante de la puerta de mi camarote, como un gran perro de Terranova. Desde aquel dia hasta la conclusion del viage, no tuvo otro sitio para dormir.

Hallándonos en la altura de las islas Azores, fuimos una noche acometidos por un viento impetuoso, que nos amenazaba con una fuerte tempestad. El almirante C. . . . con aquella serenidad que prueba el hábito de semejantes peligros, daba unas órdenes que se egecutaban con la celeridad del rayo. Toda nuestra esperanza descansaba en él, y convencido por esta responsabilidad, de su poder, redoblaba sus esfuerzos y su valor. Las ráfagas de viento eran tan violentas, que temiamos á cada ins-

tante desarbolar; y nuestro gran navío de tres puentes, como una ligera pelota lanzada por una mano vigorosa, se elevaba á una prodigiosa altura y volvia á caer, sin dar bote en un profundo abismo. El ruido grave y amenazador de fuertes olas que chocaban entre sí, no se interrumpia sino por el sonido discordante de los motones y por algunas palabras secas y breves que pronunciaba el almirante con voz entera. La grande obscuridad de la noche daba nuevo horror á nuestra angustia, y la viva claridad de los relámpagos rompiendo su velo, manifestaba á nuestros ojos atónitos, nuestra pequeñez y el grandor de la naturaleza. . . . ¿Cual es ese motor secreto que nos da fuerzas para sostener una lucha igual? ¿Y

como el hombre que por su destreza y su valor puede domar á los elementos, le vemos tan débil, y aun mas que un niño cuando se halla agitado por una pasion? . . . . . Aquel valiente general, que me pareció tan grande entónces, murió despues de pesar por la perfidia de una muger, á quien amaba locamente.

Al rayar el dia se calmó el viento, el mar volvió á su nivel, y todo entró nuevamente en órden y reposo. Uno solo de nuestros navíos, el San Francisco de Paula, sufrió muchas averías, y se vió obligado á arribar á la Tercera. No llegó á su destino, sino doce dias despues que el resto del comboy.

Doblamos el cabo de San Vicente, y á los tres dias nos hallamos á la vista de Cadiz.

XXV.

Esta ciudad se presenta de una manera encantadora por el lado del mar. Sus casas blancas como el alabastro, su aseo, su regularidad, sus miradores de un cristal transparente, y sus azoteas guarnecidas de flores, todo concurre á darle un aire de festividad. Podria decirse que la habian edificado espresamente, elevándose en medio de las aguas, para ofrecer los placeres de la vida á los pobres navegantes, que despues de largas privaciones, llegan á sus orillas hospitalarias. Así fué que

el regocijo de la tripulacion se manifestó del modo mas estrepitoso.

Nos desembarcamos y nos hospedamos en casa del general M. y su muger, relacionados con nuestra familia. Mi padre se detuvo algunos dias en Cadiz, para que yo viese la ciudad. Todo era nuevo para mí y creo que yo producia el mismo efecto en las personas que me rodeaban.

A' los once años ya habia llegado á todo mi tamaño, y aunque muy delgada estaba tan formada, como cualquiera otra á los diez y ocho. Mi color de criolla, mis ojos negros y animados, mi pelo tan largo que me costaba trabajo sugetarle, me daban un cierto aspecto salvage, que se hallaba en relacion con mis disposiciones morales.

A'penas sabia leer y escribir, y raciocinaba sobre todo con acierto, y muchas veces con precision. Viva y apasionada con esceso, no vislumbraba la necesidad de reprimir mis emociones y mucho ménos la de ocultarlas. Franca, confiada por naturaleza, y no habiendo tenido nunca sugccion, desconocia el disimulo, y tenia tanta aversion á la mentira como al mal. Con un carácter de una independencia indómita para los indiferentes, y condescendente sin límites con las personas á quienes me aficionaba; sensible en estremo al placer de ser querida, hubiera llorado todo un dia, si el menor nublado de descontento, hubiese aparecido en el rostro de mi padre. Estas disposiciones de una naturaleza vigorosa,

no habian sido modificadas por la educacion; al contrario, habiéndose desarrollado con fuerza por su libre egercicio, daban á mi genio unos cambiantes muy marcados, ya de viva alegría, ó ya de tristeza, segun lo que me afectaba; y algunas veces, como para probar la vida en toda su fuerza, me veia apoderada de estas dos impresiones á la vez. Este conjunto á la edad de once años debia, seguramente, causar sorpresa en Europa, y presentaba todo el atractivo de la novedad.

Habia en casa de la Señora M..... una bonita viuda, íntima amiga suya, que me cobró mucha amistad, y me acompañaba a todas partes, al baile, á la comedia, al paseo, de nada se olvidaba. Yo me divertia con todo, es-

cepto en las grandes comidas con que nos abrumaban, porque á la conclusion de ellas veia, un espectáculo que me chocaba. Unas mugeres jóvenes, llenas de encantos, durante la comida, se colocaban inmediatamente despues al rededor de una mesa, y allí arriesgaban en los juegos de azar, una parte de su caudal. Muchas veces se me hacia reparable el cambio de sus faciones, tan graciosas un momento ántes, y ahora contraidas y alteradas por una espresion de avaricia, que me las hacia horribles. Siempre he sido opuestísima á las mugeres que hacen demasiado aprecio del dinero. Me parece que este defecto es impropio en nuestro secso; y cuando le he notado en algunas, me he avergonzado de él, como

de una falta de pudor. Estando concentrada nuestra ecsistencia, por su naturaleza, en los afectos del alma, nuestras inclinaciones, y aun nuestros defectos deben ser generosos y elevados, como la fuente de donde emanan.

XXVI.

Marchamos para Madrid, y mi nueva amiga se me habia aficionado tanto que lloró cuando nos abrazamos por la última vez, como si nuestro conocimiento fuese de una época mas lejana. Ella era tan bonita, tan alegre, tan complaciente, que jamas la he olvidado, y su imágen se me ha presentado algunas veces en la vida, como la de un hermoso meteoro, cuyo hechizo hubiese durado pocos instantes para no aparecer mas.

Nos detuvimos tres dias en Sevilla, rica capital, muy poblada, y de calles

angostas, donde se encuentran monumentos muy notables con respecto á las artes, pero que yo no estaba en aptitud de apreciar.

Recorrí seguidamente esa hermosa Andalucía, tan alabada, y me pareció bien pobre, recordando á mi país ¡Que pequeños me parecian aquellos tristes olivos, cuando los comparaba con los gigantes de nuestros bosques! ¡Que míseros naranjos, que mesquinos limoneros! Casi esperimentaba, al verlos, las misma impresion que cuando entro en el dia en un invernáculo.

Supe con admiracion el medio de que se valen en Europa, para proporcionar á la tierra esterilizada un nuevo vigor, y suspiré al pensar en aquella vegeta-

cion vírgen y potente, cuya rica profusion se renueva de contínuo sin esfuerzos. Muchas veces en mis juegos, me entretenia en hacer ensayos, arrojando sobre la tierra semillas de todas clases, que ya encontraba nacidas al dia siguiente.

Permanecimos tres dias en Aranjuez donde estaba la Corte. Interin mi padre cumplia con sus visitas de etiqueta, recibí yo á muchos amigos de mi madre. En el interés con que me ecsaminaban, adivinaba su intencion de transmitir á mi madre noticias sobre mi persona. Por primera vez sentí el deseo de agradar, y, cosa nueva, el amor filial produjo en mí el primer gérmen de coquetería. Seguramente habian de llegar á mi madre, ántes que yo, algunos elogios

acerca de mi persona: este era un buen pasaporte: mi espíritu femenino me lo decia en silencio.

XXVII.

Llegamos á Madrid al cuarto dia por la tarde. Mi padre tuvo por un momento la idea de reunirme con algunas otras jóvenes, para poner en prueba el instinto maternal; pero no tardó en conocer que aquella prueba era peligrosa. Sin embargo nunca he dudado de que hubiese tenido buen écsito, porque estoy convencida de que una sola mirada mia, hubiera penetrado hasta lo íntimo del corazon de mi madre para descubrirle la verdad. Ademas, mi esterior no era quizas mejor que el de las otras; pero yo no me asemejaba á nadie,

y hubiera sido delatada, sin duda, por un cierto aire terruño, si me atrevo á esplicar así, que me distinguia de ellas.

Llegamos, pues, solos. Ella nos salió al encuentro. ¡Dios mio! Que hermosa me pareció! ¿Quien hubiera podido mirarla por primera vez sin conmoverse? ¿Quien podia tratarla sin dedicarle un culto? Su porte magetuoso, sus facciones perfectas, su pelo y sus hermosos ojos negros, dibujándose con gracia sobre una tez de alabastro! El pecho, los brazos y las manos admirables; y, lo que es superior á todas estas perfecciones, la espresion tranquila y seductora de su fisonomía; aquella mezcla de arrogancia y de amabilidad, que daba testimonio á la vez de

la elevacion y de sensibilidad de su alma.

Me imagino todavía verla con aquel vestido azul subido, que hacia resaltar la blancura de sus brazos, y aquel ligero velo, cuyos dobleces pudiera contar, que cubria á medias las hermosas trenzas de su pelo. Al estrecharme contra su corazon, un suave estremecimiento agitaba todo su cuerpo..... Yo le sentí, y mi felicidad fué tan grande, que casi estuve para desmayarme: mi cabeza se inclinó, y por primera vez me apoyé en el seno maternal. Mi hermano y mi hermana vinieron un momento despues, y nos abrazamos con aquel gozo tan verdadero y tan natural de nuestra edad.

El resto de la noche y los dias si-

guientes se dedicó mi madre á ecsaminarme con toda minuciosidad; nada se escapaba á su penetracion, y yo me abandonaba con candor y confianza á sus observaciones, esperando que la balanza se inclinaria mas bien al lado de la indulgencia, que al de la severidad.

Cuando ella espresaba en alta voz y sin ningun embarazo, lo bien que pensaba de mi, me parecia que me revelaba un secreto, porque no habia imaginado hasta entónces que yo valiese algo. Siempre he estado muy prevenida contra los elogios de los indiferentes, y ha sido preciso que hayan tenido mucho tacto en dirigírmelos, para que no haya sospechado de su sinceridad. Con todo eso, y aunque nunca he sido chasqueada, he aparentado serlo, por

temor de mortificar á aquellos, cuya intencion era mas pura que su veracidad. Hubiera sentido mucho corresponder á la urbanidad con un signo de ingratitud. Pero un elogio de la boca de un amigo me ha causado siempre la mas viva alegría, no por un movimiento de amor propio, sino porque veia que reconociendo en mí calidades buenas, me daba una prueba de su afecto, y que realzándome á sus propios ojos, y haciéndome mas digna de ser amada, le justificaba y le honoraba en su eleccion.

Me preguntó mi madre si yo tenia voz. Le dige que sí, pero que no sabia si era hermosa, porque nunca habia creido en las lisonjas, que recibia en el convento. Ella quiso cerciorarse: yo obedecí sin titubear, entonando con la

confianza que da la ignorancia del peligro, una cancion de mi país en un tono muy alto y que, sin embargo, canté con precision. Mi madre gustaba mucho de la música, quedó encantada con mis disposiciones, y yo con el descubrimiento que ella acababa de hacer, contando sacarlas ventajas para hacerme grata á sus ojos.

No fué muy largo el ecsamen de mi instruccion. Sabia leer, pero tenia muy mala letra, mi madre me dijo: „Hija mia, tu educacion está muy atrasada, y te verás en la necesidad de aplicarte mucho en poco tiempo; no te desanimes porque tu hermana y tu hermano esten mas adelantados que tú; por el contrario, que eso te sirva de estímulo; por egemplo, tu escribes bien

mal, si tienes la menor repugnancia en empezar á aprender de nuevo desde los primeros elementos, no lo ecsijo; pero reflecsiona cuan de poca importancia es esta leve contrariedad, comparada con la ventaja efectiva que sacarás de superarla."

Entendí lo que queria decirme, y desde el dia siguiente comencé á formar renglones derechos. Se me dieron maestros de toda especie, y me entregué con tanto ardor al estudio que al cabo de seis meses ya habia alcanzado y aun pasado á mis hermanos.

El cariño que tenia á mi madre no tardó en tomar un carácter apasionado, y los rápidos progresos de mi educacion, los debí mas bien al deseo de

agradarla, que á la razon y al amor propio.

Mi alegría ó mi tristeza dependia de una mirada suya, y su influjo ha sido de tal manera absoluto, que ha resistido á la edad, á la independencia, y por último, á la muerte. . . . . Aun en el dia, su espíritu vela sobre mí, como una segunda conciencia, y conservo todavía la costumbre ántes de tomar cualquiera resolucion, de decirme ¿si viviera, cual seria su opinion?

XXVIII.

Algun tiempo despues de mi llegada á Madrid, me hallaba un dia junto á mi madre, cuando se nos anunció al caballero de Silva..... Este era el nombre del hermano de mi amiga Sor. Santa Ines. Un cierto rubor se manifestó en mi rostro: mi madre lo notó, y me preguntó si yo le conocia. Le dige que no, pero que deseaba verle para entregarle una carta, que me habian recomendado para él. Entró un instante despues, y me dió golpe la semejanza que tenia con su hermana. Me hizo muchas preguntas sobre su familia;

pero cuando le dige que habia conocido particularmente á su hermana, un interés mas vivo animó sus facciones. Me fué fácil conocer que él ignoraba su situacion, y los votos fatales que la habian forzado á pronunciar. No atreviéndome á esplicar delante de mi madre, me apresuré á entregarle la carta, que se puso á leer inmediatamente. Un rayo le hubiera aterrado ménos. Su fisonomía espresaba, ya la sorpresa y la indignacion, ya la ternura y el dolor. La movilidad de sus facciones me traia á la memoria la imágen de su hermana. Observando mi madre su agitacion, le dijo:—„Me temo, caballero, que Vd. haya recibido algunas malas noticias.—Sí, señora, y es probable que me obliguen á partir seguidamente."—Se des-

pidió de nosotras, pero ántes, una mirada espresiva que fijó en mí, me reveló que mi nombre no se habia olvidado en la carta de su hermana. Al dia siguiente supe por mi madre, que se habia despedido de ella por escrito, y que habia marchado para ir á embarcarse en la Coruña.

Mi padre no tardó en dejarnos. Los asuntos de su empleo le obligaron á volverse á la Habana, dos meses despues de nuestra llegada. Esta separacion fué muy penosa para mí. Yo queria ya á mi madre con una ternura indecible; pero el amor dispone á la confianza, y no la da desde un principio. Mi padre era mi amigo mas antiguo de la casa, y mi corazon no tenia todavía otro refugio mas que el suyo.

XXIX.

El salon de mi madre era el centro de todo lo mas distinguido de Madrid. Pocas mugeres; pero bien escogidas; les mostraba amistad y nunca hablaba mal de ellas: mas no tenia intimidad con ninguna; así fué siempre querida, y jamas tuvo queja de ellas. La reunion de hombres era mas numerosa. Allí se veian los literatos mas célebres de la época, y la mayor parte de los hombres que ocupaban entónces puestos elevados, y han hecho despues los primeros papeles en el gobierno. Mi madre tenia mesa franca para sus ami-

gos; así se proporcionaba el gusto de una tertulia numerosa, el hechizo de la confianza, y muchas veces en aquellas meriendas tan animadas, se han cogido las primicias de los mas hermosos versos de Arriaza, de Quintana, de Maury, ó de Melendez.

El plan de educacion adoptado por mi madre para mi hermana y para mí era muy severo. Teniamos una vivienda muy distante de los salones de recibo: todo el tiempo le teniamos empleado en el dia con nuestros estudios, y no veiamos á las personas que visitaban á mi madre, sino á la hora de comer. Una hora despues voviamos á nuestra vivienda y pasábamos la tarde egercitada.

Mis hábitos de libertad se vieron su-

getos á mas de una prueba, luego que llegué á Europa. Me acuerdo que el primer pesar que tuve, fué cuando me puse corsé y zapatos, y cuando recibia los cumplidos sobre mi talle y mi pié, mi silencio y mis ojos llorosos, atestigaban el poco caso que hacia de aquellos, y la cruel mortificacion que esperimentaba.

Yo era el obgeto de la atencion general de la sociedad de mi madre, en los cortos instantes que me presentaba; pero al paso que yo solo escitaba en ella una escesiva curiosidad benévola, mis hermanos estaban en posesion de su afecto y de su confianza; ellos no veian en derredor suyo mas que amigos, y yo desconocidos. Se entregaban con abandono á una dulce familiaridad,

y yo, estrangera, indiferente á todo lo que me rodeaba, sentia por la primera vez la necesidad de concentrar mis afectos y mis pensamientos. No tardé en apercibirme de la preferencia con que mi madre miraba á mi hermana; esta preferencia era natural, pero me causaba mucho disgusto. Así, en poco tiempo, mi posicion, mis ideas, mis sentimientos, todo se habia cambiado, y trastornado desagradablemente; tambien mudó de faz mi vida interior. La sugecion hizo desaparecer la alegría. Me volví ménos confiada y observé mucho mas. Hallándose así comprimidas mis inclinaciones, y contrariados mis hábitos, creí sentir por primera vez el gérmen de los defectos, que son su consecuencia, y como estos no estaban en

mi naturaleza, me llenaron de espanto y traté con el instinto del bien y con una especie de energía, de conocerlos, y luego despues combatirlos. Me gustaba poner á prueba mis intenciones con el escrúpulo de una conciencia jóven y timorata. Voy á escoger un egemplo, que aunque minucioso, no carecerá de interés para las personas que encontraren en sí mismas alguna simpatía con un carácter tal como el mio. Amaba á mi hermana con ternura; pero la consideraba el obgeto de las preferencias de mi madre, á quien idolatraba. Me vino á la idea que la pena que yo sentia en mi corazon con motivo de esta preferencia, podia degenerar en envidia. Este pensamiento me inquietó, y desde aquel dia, aumenté

mis estremos y atenciones con mi hermana. Ella era de muy buen carácter, teniendo al mismo tiempo la ventaja de una persona, que se considera en su puesto. Yo estaba fuera del mio, pero altiva, independiente y poco acostumbrada á hacer concesiones. Sin embargo, por rareza se turbaba la paz entre nosotras, y cuando esto sucedia, mi corazon era el primero en adelantarse á ella para garantirme en mi propio espíritu de la sospecha de ser guiada en nuestras pequeñas disputas, por un motivo estraño á la causa que las habia suscitado. De este modo, los esfuerzos que yo hacia para evitar una pasion odiosa, que estaba tan léjos de mi corazon, me proporcionaba el hábito de combatir, y desarrollaba en mi alma

aquel vigor que yo habia de emplear mas tarde en tratar de vencer unas pasiones impetuosas. Una noche (á fines de Octubre) estaba el tiempo húmedo; habia esperimentado aquel dia un leve disgusto, por causa de mi hermana, y la impresion de tristeza no se me habia disipado todavía. A' la hora de acostarnos, reparamos que no se habian puesto en nuestras camas los cobertores de invierno. Mi hermana se acuesta ántes que yo, se queja del frio, alarga la mano, toma una capa que se hallaba á su lado y la tiende en su cama. Era mia aquella capa. Vuelvo la cabeza á tiempo que me estaba desnudando y le digo: „Tú no tienes cuenta; yo tengo el mismo frio que tú, y podria necesitar mi capa. Y á lo me-

nos deberias pedírmela ántes de servírte de ella." Entónces se incorporó en la cama, cogió la capa, la arrojó al suelo, volvió á poner la cabeza en la almohada y se rebujó en sus sábanas. La degé obrar sin decirle nada. Su accion me chocó por lo pronto, pero en lugar de meditar sobre ella, fuí á sondear mi propio corazon. ¿Cuando le pedí la capa, me habia guiado la necesidad que tenia de ella, ó un resto de amargura causado por el disgusto del dia? Esto podia ser muy bien, y en la duda, un sentimiento íntimo me dictó el único medio de pasar mi intencion por el crisol, y de purificar, por decirlo así, á mi corazon con una accion de humildad tanto mas meritoria, cuanto á que era ménos conforme á la altivez natural de

mi carácter. Mi criada se retiró: me acosté despues de haber apagado la luz. Mi hermana aparentaba dormir, recojo la capa, que aun estaba en el suelo y acercándome sin hacer ruido á su cama, se la tiendo con cuidado sobre los pies. Al momento de egecutar esta accion esperimenté una sensacion inesplicable de bien-estar. Volví á mi cama, y hallé que el sueño era muy dulce cuando le acompaña la satisfaccion de sí misma.

XXX.

Mi pasion al estudio se aumentaba á medida que yo vencia los primeros grados. Con particularidad tenia un gusto muy decidido por la música y por la lectura. Estaba tan felizmente organizada para la primera, que al aprenderla, me parecia, que la estaba recordando.

Tenia mi madre una escelente librería, donde se veian mezcladas las obras mas serias con una multitud de novelas. Nosotras teniamos arreglado un curso de lecturas de historia y de literatura, y se nos permitió leer un gran número de novelas, tales como las de Richard-

son, Madama de Genlis, Madama Staël, &c. &c.

Durante algun tiempo me vi indecisa entre mi entusiasmo por los griegos y los romanos, y el vivo interés que me inspiraban Delfina, Corina, Malek-Adel; mas no tardé en conocer que los héroes de la antigüedad, comenzaban á ceder el paso á los modernos. La llave de la biblioteca estaba á nuestra disposicion; podiamos entrar francamente en ella, y me acuerdo con cierto placer, de que á pesar de mi viva curiosidad, no me sucedió nunca que infringiese las órdenes de mi madre, arrojando una mirada indiscreta sobre las obras que se me habian prohibido leer. Muchas veces, cuando abria la puerta sentia el gusto que hubiera esperimentado un

escolar al acercarse á un armario bien provisto de golosinas; pero al instante que ponia el pié dentro, me sobrecogia un religioso respeto. Me dirigia con paso ligero hácia los estantes donde debia encontrar los libros que buscaba, sin atreverme á volver la vista hácia las obras que codiciaba; y si por acaso, mi mano indiscreta los tocaba, un terror involuntario me la hacia retirar con tanta precipitacion, como si hubiese caido sobre una braza ardiendo. Dulce pureza de la inocencia! ¿Quien puede representarse tus secretas inspiraciones, sin sentir un encanto indestructible? Este recuerdo consolador sobre-vive solo á tu pérdida. Este es el único bien que tu nos dejas, pero nada te podria re-emplazar. El camino que tú

nos trazas, es como un declive suave y liso; pero cuando ya al frente de las pasiones y de la esperiencia del mundo, timida y débil te huyes para ceder el puesto á la inflecsible virtud, todo es penas, todo es amargura, y el triunfo es con frecuencia tan doloroso como la derrota.

Sobre todo Rousseau y sus escritos me trastornaban la cabeza. Los elogios y aun las críticas que habia oido de ellos escitaban mis deseos de conocer sus obras, y cuando pensaba en la época de mi matrimonio, uno de los mayores placeres que me presentaba esta, era la posibilidad de leer la *Nueva Eloisa ó las Confesiones.*

Comencé, por tanto, á percibirme de que la lectura de las novelas, aunque

escogidas, me agitaba, me preocupaba, y me disgustaba de la historia. Tomé la resolucion animosa de privarme por algun tiempo de ella, y solo se lo comuniqué á mi hermana. Ella no perdonó las chanzas y burlas, pero yo me mantuve firme. Los primeros ensayos fueron penosos, porque ella se divertia por malicia en escitar mi curiosidad cuando leia alguna cosa nueva; mas, á muy poco tiempo, sus seducciones no tuvieron efecto en mí, y todo mi interés se transportó al forum Romano, y bajo los pórticos de Aténas. Aquellos grandes caractéres, aquellas virtudes varoniles, provocaban mi entusiasmo, y me causaban un pesar de no ser hombre para tener, á lo ménos, el poder de imitar tan grandes egemplós.

Aquel color bien espresado, aquellos ámplios lineamientos que caracterizan á los hombres de la antigüedad, simpatizaban con el ardor de mi imaginacion, y con aquel gusto de lo bello y de lo grande, que las miserias de la vida no han podido debilitar todavía

XXXI.

Esperaba el invierno con impaciencia. La idea que me habia formado de él, sacada de las novelas, era un poco fantástica. Habituada al espectáculo de una vegetacion siempre nueva y hermosa, deseaba contemplar la naturaleza despojada, como hubiera querido asistir á una tragedia representada por primera vez. Este momento tan apetecido llegó, y su impresion fué mas viva en razon de la circunstancia que la acompañó. El cambio de clima, el nuevo género de vida y los pequeños pesares que habia esperimentado desde

mi llegada á Europa, alteraron mi salud y me causaron una especie de desazon interior y abatimiento. Yo no padecia ninguna enfermedad; pero me hallaba consumida por la melancolía. Mis ojos tan vivos ántes, se fijaban con languidez sobre los obgetos que me rodeaban y no se apartaban de ellos, sino con dificultad. Mi palidez era estrema; ya no me reia, y lloraba con frecuencia. Mis mas dulces sensaciones se hallaban mezcladas con una especie de amargura. Habia renunciado al paseo, y llegó el caso de pasarme algunas semanas sin salir de mi cuarto. La vida me era indiferente, y á veces importuna.

Este estado de decaimiento asustó á mi madre. El médico ordenó el aire del campo, y á pesar de lo adelantado

de la estacion (era á fines de Noviembre) se me condujo á la Moncloa, parage delicioso á una legua de Madrid. Iba acompañada de una muger de confianza. Llegamos por la tarde. Durante la noche cayó la nieve á grandes copos. No podria pintar la impresion de tristeza que esperimenté, cuando al abrir mis persianas por la mañana, eché una mirada sobre el campo. El espectáculo que se presentaba á mis ojos contristó á mi alma y derramó sobre ella una especie de terror. No vi ni hojas, ni frutos; hasta el cesped habia desaparecido. Troncos y ramas denegridas, esparcidos acá y allá como los destrozos de un naufragio, ofrecian una imágen completa de la destruccion, y la naturaleza me pareció amortajada

con un vasto paño fúnebre. Hallándose en armonía el estado de mi corazon con aquel cuadro, provocó en mi tal melancolía, que involuntariamente me cubrí los ojos con ámbas manos. El recuerdo de mi país se presentó al punto en mi memoria, é ínterin mis lágrimas corrian en abundancia, me sentí transportada por mi imaginacion á aquellas florestas vírgenes plantadas con árboles de todos colores; oia el canto de una multitud de pájaros, la suavidad del aire, la belleza del cielo, los rayos brillantes del sol; todo aparecia á mis ojos, gozaba de todo, y aquel transporte, lleno de encanto, fué tan completo por algunos instantes, que solo me quedó para atestiguar la verdad, la señal de las lágrimas que

acababa de derramar. Esta dolorosa impresion no se ha renovado mas; el espectáculo de la naturaleza en invierno, me agrada ahora, por una sensacion melancólica que no carece de alguna dulzura. Empero como mis primeras ideas sobre el invierno fueron tomadas de las novelas, siempre me sorprehende cada año de un modo nuevo é interesante.

Permanecí tres semanas en la Moncloa; y debí en parte el restablecimiento de mi salud á los cuidados de mi hermano, que demonstraba ya, aunque tan jóven, aquella disposicion tierna y decidida al bien, que forma la base de su carácter. Regresé á Madrid y volví á tomar mis ocupaciones acostumbradas. Desde esa época se

nos permitió quedarnos algunos ratos de la noche en la sala de recibo; y muchas veces mi madre nos retenia hasta la hora de cenar. Entónces fué cuando mi gusto á la observacion, halló ocasiones de egercitarse, y no acabaria si quisiese describir todos los originales que pasaron succesivamente por mi vista, como las figuras de una linterna mágica. Empecé á descubrir las estravagancias y las debilidades de los hombres, en una edad en que á penas se empieza á vivir; y por un contraste inesplicable, he sido siempre tan fácil de engañar como un niño. Dejo a los moralistas el cuidado de adivinar este enigma.

XXXII.

Creo haber dicho ya, que habia hecho grandes progresos en mi educacion, y muchas veces, mi madre para estimularnos, sometia nuestros ensayos al ecsámen de sus amigos. Se conocia su pasion por mi hermana, y era muy gracioso observar el manejo que se empleaba, cuando era necesario pagar un tributo á la justicia, y elogiarme, ó tal vez preferirme á mi hermana. Pepita, buena, entendida era la primera que se reia de esto; y varias veces de comun acuerdo, hemos puesto en confusion á los aduladores. Podria citar muchos

casos; pero presentaré uno que fué muy chistoso para que se me olvidase. A'ntes de referirle, quiero pintarte al principal actor; original cuya copia no es difícil hallar en la sociedad. El marqués de V. . . , amigo de todo el mundo, sabia valerse de mil arbitrios para introducirse en la intimidad de las mugeres, pero con la sola intencion de hacer creer que poseia su confianza. Era muy solícito en hacer los mas pequeños servicios, para aparentar que era muy necesario en todas partes. Alabándose por su discrecion, daba en prueba de ello, los secretos que se le habian confiado, y sin pensarlo, le hacia á Vd. depositario de todos ellos. Tenia el mayor empeño en hacer creer que iba á todas partes; y en este par-

ticular, el marqués no se perdonaba ni á sí mismo; era preciso persuadirse que él subia y bajaba sin descanso todos los grados de la escala social. Muchas veces no se presentaba en las tertulias mas brillantes, para dar que pensar sobre su ausencia. En lo demas juzgaba con ecsatitud las cosas comunes de la vida. Aun se le notaba cierta finura de tacto cuando raciocinaba acerca de los ridículos y de los defectos de otros; pero cuando queria elevar su juicio á las distinciones eminentes del corazon y del entendimiento, se le podia comparar á un espectador en el teatro, que queriendo servirse de su anteojo, le tomase al revés, y en lugar de ver los obgetos mas grandes y mas distintos, los percibiese como pigmeos;

y es que V . . . . . reducia siempre los obgetos á su propia medida. Su amistad con todo el mundo, no le impedia hablar mal de los demas, pero sin intencion de perjudicarles, y solamente por proporcionarse aquella secreta satisfaccion, que esperimentan las personas mediocres en ponerlos á todos á su nivel. Manejaba la maledicencia como la palanca de un columpio; pues conocia que el no se podia elevar, sino bajando á los demas; ya con tal que sus observaciones fuesen acompañadas de. —„Yo soy su amigo, y le he aconsejado ya sobre ese asunto. . . . " ó „Por lo demas tiene buenas cualidades, y le soy muy adicto." Se quedaba convencido de su indulgencia y de su mérito. La eficacia de sus atenciones y de su ur-

banidad, era el verdadero barómetro de la moda, y una muger podia lisongearse de poseer su imperio, ínterin que V . . . la atormentase en público con sus obsequios. La adulacion era su mas poderosa ayuda. Nadie sabia emplear con tanta habilidad aquellas alabanzas que tienen la apariencia de introducirse á pesar de la voluntad, ó aquellos elogios en voz alta cuando se juzga no estar presente la persona que es obgeto de ellos.

Se puede imaginar facilmente que el marqués V. . . . no tardó en comprehender el inconveniente que habia en darme la preferencia sobre mi hermana. Mi madre y su casa eran de moda; era preciso conservar la buena amistad de la una y libre entrada en la otra.

Una noche era muy numerosa la reunion. Se acababan de formar las partidas de juego. El tresillo y los dados tocaron á los jugadores serios. El bullicioso chaquete se habia enviado á la pieza inmediata, segun costumbre. Diversos grupos acá y allá, se entretenian alternativamente de política, de literatura, ó de aquellas bagatelas que ponen muchas veces en el mismo nivel á un hombre de talento y á un tonto. Mi hermana y yo estábamos colocadas junto á una mesa ocupadas con algunas amigas en hacer varios juegos de paciencia, en mirar caricaturas y aun tal vez en hacerlas. Todo era movimiento y placer en derredor nuestro. La alegría, los chistes que salian de nuestra mesa, atraian como un iman á unos, y

á otros para donde estábamos. Repentinamente se anunció la llegada de Goya, y salió una esclamacion de nuestra mesa. Aquel pintor ingenioso, añadia á su raro talento, la gracia de hacer escelentes caricaturas; y nuestra mesa era comunmente el teatro donde se egercitaba su malignidad. Mi madre se aprovechaba de sus visitas para enseñarle nuestros trabajos, y aquel dia le esperábamos con impaciencia para mostrarle dos dibujos que habiamos concluido; el uno era una cabeza de Santa Teresa, y el otro una Magdalena. A' una de nuestras amigas le ocurrió confundirlos para que los juzgase con imparcialidad; aplaudimos esta idea, y pasados los primeros cumplimientos, se espusieron nuestras obras sobre la

mesa. Advertido Goya secretamente por nuestra amiga Nieves, los ecsaminó y dejó acercar los curiosos. V .... que se preciaba de inteligente, fue uno de los primeros. „Señoritas," nos dijo despues de haber guiñado un ojo, y de alejar y aprocsimar alternativamente los dibujos; „suplico á Vdes. me perdonen la franqueza de mis observaciones, porque en tratándose de las bellas artes, soy delicado." Y luego, como enmendando lo dicho. „Verdaderamente esta Magdalena tiene mucha espresion! Su dibujo gran pureza!" Y alzando un poco la voz. „En cuanto á la Santa Teresa, le falta un poco de alma; y tal cual está, „añadió con una risita maligna," no concibo como se haya quejado—del diablo por no haber

amado.... En lo demas,—muy bien, muy bien!" Entónces mi madre, que jugaba su partida de tresillo á alguna distancia, y que solo habia oido las últimas palabras, volvió la cabeza. „Pepita," dijo, „tráeme tu Santa Teresa, no la he visto acabada." Y V.... quedarse turbado, y nosotras á reirnos; particularmente Nieves, que por malicia habia sido causa del error.

XXXIII.

Por esa misma época un accidente imprevisto vino tambien á desenvolver en mí aquel carácter, que no siente impulsion, que no encuentra felicidad y que no descubre otro fin en este mundo, sino en un consagramiento absoluto y sin límites á los que ama. Todavía se dilata mi corazon, y me palpita de gozo con el recuerdo de ese momento; es al mismo tiempo terror y alegria...! ¿Por último, querida Leonor, que te diré? Salvé la vida de mi madre. ¡Qué palabras tan hermosas!.... ¡Cuanta felicidad en tan pocas palabras!....

Pues bien, amiga mia, no tuve necesidad para esta accion, ni de sacrificio, ni del sentimiento de mis deberes, ni de virtud, en fin. No debo agradecerla mas que á la ocasion, al instinto, y sobre todo al amor que le tenia.

Hacia algunos dias que mi madre estaba indispuesta; pero no guardaba cama. Una tarde me hallaba sola con ella; iba anocheciendo, y no teniamos mas claridad que la del fuego de la chimemea que despedia chispas. Mi madre, paciente, abatida, y tal vez sometida, sin pensarlo, á la influencia melancólica de la caida del dia, estaba de pié cerca de la chimenea, con los codos apoyados sobre el mármol y la cabeza entre sus manos. Yo salí un instante, un solo instante, para pedir luces. Júzguese.

cual seria mi sorpresa, mi espanto, cuando al volver á entrar en el cuarto, le encuentro todo iluminado; pero iluminado con los vestidos de mi madre, que estaban inflamados. Veo aun su hermoso rostro, pálido, perdido; sus cabellos desordenados; oigo su voz trémula, pidiendo socorro!... Para mi, era una cosa desconocida aquellos terribles accidentes causados por el fuego: nunca se me habia esplicado el modo de atajar sus progresos; pero, guiada por una inspiracion casi divina, me arrojo súbitamente sobre mi madre, me estrecho con su cuerpo, me enlazo con ella fuertemente, y apretándola y envolviéndola por todas partes, logro apagar el fuego.... ¡Dios de bondad! ¿que habia hecho yo para merecer una dicha

semejante? Mi madre recibió algunas quemaduras, lo mismo que yo. Nunca se vió un soldado mas ufano con sus heridas, que yo con aquellas señales de amor. Desde aquel dia, un nuevo lazo me unió á mi madre. El peligro á que la habia visto espuesta, la hizo mas preciosa á mi corazon, porque me asaltó por primera vez la idea de perderla. .... Contemplándola con los ojos arrasados en llanto, esperimentaba un sentimiento íntimo y profundo, que no puedo pintar; una mezcla de ternura y de lástima, cuyo poder es indecible.... No podia decir que era afecto en la felicidad, era otra cosa mejor todavía, porque ella habia padecido, y yo habia padecido por ella.

XXXIV.

Pasó el invierno de esta manera, sin que me ocurriese nada notable; pero á los principios de Abril una nueva circunstancia produjo un trastorno grande en mis sentimientos y en mis ideas.

El enviado de los Estados Unidos Mr. J .... y su esposa, estaban íntimamente ligados con mi madre, que hallaba muy picante su franqueza republicana. Esta formaba, efectivamente, un contraste estraño con la gravedad y ceño de la corte de Madrid.

La Señora J ..... vino un dia á nuestra casa, y al poco rato de estar

allí, me hizo llamar mi madre. „Aqui tienes, hija," me dijo, „un paquete que llega de la Florida dirigido á tí. La Señora J.... desea entregártelo en tu mano."—¿De la Florida? Si yo no conozco allí á nadie, respondí, poniéndome encarnada, de sorpresa y curiosidad.—„Vea Vd. una carta, que viene con el paquete, dijo la Senora J.... que podrá aclararle á Vd. este misterio."—Alentada con una mirada de mi madre, tomé la cara y leí lo siguiente. „Una circunstancia desgraciada nos presentó la ocasion, hace algunos meses, de recoger en nuestra casa á la interesante jóven, que nos ha confiado estos papeles. Sus infortunios, su hermosura, y la dulzura de su carácter, nos la hicieron amar; y nuestros pesares así como

nuestros cuidados la han acompañado hasta el sepulcro. Mirando su última voluntad como un deber sagrado, que debemos cumplir, nos apresuramos á enviar este paquete á la persona á quien va dirigido."—Un sentimiento profundo de conmiseracion se apoderó de mi alma, al leer aquella carta, y guiada por un secreto presentimiento esclamé involuntariamenta. „¡Pobre madre Santa Ines!" y sentí que mis ojos se inundaban de lágrimas. Efectivamente ecsaminando mejor el paquete, conocí que la letra del sobre era suya. Mi madre guardaba silencio y parecia esperar alguna esplicacion de mi parte.—„¡Oh! mamá!" le dige, „si Vd. supiera! ella se ha muerto; sí, no podia vivir, era tan desdichada!"—¿Pero quien?—La

madre Santa Ines, la hermana de Silva; se lo esplicaré á Vd. todo.—Bien, serénate. Puedes leer esos papelos y despues hablarémos de esto."

Volví á mi cuarto entregada á una agitacion muy viva; rompí el sello y empecé á leer aquel precioso manuscrito, cuyo recuerdo no debia borrarse, de mi alma en todo el resto de mi vida.

FIN.